NERVIO

CIENCIAS • ARTES • LETRAS



HORMIGAS, de León Poch.

6º

NÚMERO

SUMARIO

Portada: **''HORMIGAS''** de León Poch

Ilustran en este número: León Poch, Kras, Víctor Mendia, Julio Orione y Mario Venturi

20 centavos

NERVIO

REVISTA MENSUAL

CIENCIAS — ARTES — LETRAS

Redacción y Administración: Vera 572

ADMINISTRADOR

S. KAPLAN

COLABORADORES

Han Ryner (París). — Eugen Relgis (Bucarest). — María Lacerda de Moura (San Pablo). — Prof. H. Díaz Casanueva (Montevideo). — Prof. Alfonso L. Herrera (México). — Prof. César Godoy Urrutia. — Prof. Jorge F. Nicolai. — Ildefonso Pereda Valdés (Montevideo). — Aníbal Ponce. — Roberto Arlt. — Alfonso Longuet. — V. P. Ferrería. — Luis Fabri (Montevideo.) — Elías Castelnuovo. — Prof. P. B. Franco. — Alvaro Yunque. — Luis Reissig. — Alfonsina Storni. — Leónidas Barletta. — José Portogalo. — Aristóbulo Echegaray. — Costa Iscar. — Dr. Juan Lazarte. — Dr. Oscar Credyt. — Alejandro Castiñeiras. — V. Fernández Cantina. — Pedro Godoy. — Herminia C. Brumana. — Inés Delfino de Castelnuovo. — Julio Dorraine (Montevideo). — Manuel López Pérez (San Salvador). — Augusto Chertkoff. — Campio Carpio. — Fedor Bazaroff. — Edgardo Casella. — Aarón Morozoff. — Antonio Barrot. — A. Vázquez Escalante. — Nathan Forge. — Kras. — D. Cayafa Soca. — Ricardo Bernardoni. — Juan Guijarro. — Isidoro Aguirrebeña. — P. R. Falconnet.

ILUSTRADORES

José Planas. — Dirk Kerts Koopmans. — Julio Orione. — Kras. — Marina. — Justo Balza. — Mario Venturi. — Pablo Siena. — León Poch. — Irma Ofelia Falconnet.

Toda la correspondencia debe ser dirigida únicamente a nombre de NERVIO

AÑO I Buenos Aires, Octubre de 1931 N.º 6



CIENCIAS ● ARTES ● LETRAS

LA FICCION :: DEMOCRATICA

ENSAYAR una crítica de la democracia cuando por todas partes florecen dictaduras y se suceden los dictadores, puede parecer tarea negativa o lamentable ocurrencia.

Pero no lo es tanto, si se considera que no es razón valedera ni aceptable resignarse al menor peligro para evitar otro mayor, que puede parecernos tal sólo porque es más inmediato y contundente.

Con abstracción de las formas, el peligro subsiste y se exterioriza en todo momento, más peligroso aún en la democracia, por cuanto se concreta tras un período de adaptación y conformismo.

Hoy día es muy frecuente encontrar individuos lo suficientemente envilecidos como para rendir ciega obsecuencia a otros hombres o sistemas, y en épocas pretéritas esta característica era tan común y rudimentaria que bastaba para sancionar la bondad de todo régimen arbitrario. La evolución avanza, a pesar de todo, no cabe duda, pero en lo tocante a gobierno aún estamos atados al prejuicio ancestral e interesado de juzgar a los hombres por lo que son, antes que considerar lo que pueden y deben ser, y la democracia sanciona en este punto la indignidad que la invalida. No se diferencia substancialmente de otros regímenes que intenta suplantar o ha suplantado, y esto, agregado a lo que sugiere su experiencia, nos demuestra que es el sostén del privilegio, pues ha superado con dialéctica el escollo de satisfacer las reivindicaciones populares, cada vez más concretas y mejor expresadas. Hoy la disconformidad y las exigencias de la multitud se juzgan en el "argot" democrático como faltas de disciplina, cuando son en realidad expresión de una mayor conciencia. Antes se negaba esta conciencia, con menos rodeos.

Es innegable que toda dictadura, como expresión bárbara de gobierno, sólo es posible allí donde ha flaqueado y se extravía la integridad colectiva. Tal vez por esta seguridad la eficiencia de la democracia finca principalmente en el discernimiento colectivo, vale decir, en la capacidad individual. Pero la democracia no puede satisfacer esta capacitación, desde que es ella misma una forma de dictadura. La democracia no aleja el peligro de los dictadores, y es fenómeno generalmente observado que éstos se erijan en adalides de la democracia. En ambos casos, el pueblo es el motivo central de los ditirambos y el principal sostén, el único hablando con propiedad, de los sacrificios.

Las dictaduras, es sabido, niegan violentamente toda libertad que afecte en algún sentido los intereses de círculo que cuidan. Pero, cuando el presunto albedrío de las masas rebasa lógicamente el límite de las leyes, aun de las peores, la democracia reprime con igual violencia que las dictaduras. Vemos, así, sucederse estas situaciones: las dictaduras disimulan en lo posible sus crudezas con la democracia; ésta, en cambio, degenera, llegado el caso, en dictadura.

En todo este juego hemos de ver, simplemente, variación de formas de un mismo contenido de fuerza, pues qué en la fuerza reside, en definitiva, la conservación de los mismos intereses que defienden.

No obstante, la democracia tiene un matiz manifiestamente liberal, como que descansando en el pueblo debe considerar forzosamente sus múltiples y crecientes necesidades. Pero demuestran los hechos la imposibilidad en que se halla de conciliar sus postulados de redención social con el privilegio que defiende, y cuyo privilegio sustenta a sus núcleos directores.

En efecto, la democracia, aun para los sinceros demócratas, parecería ser actualmente, siempre lo ha sido, un gesto elegante que se permite y tolera mientras no hay peligro inminente para la situación que eterniza. O como un esparcimiento inofensivo, en tiempos de bonanza y relativa prosperidad. La contradicción flagrante estriba en que la democracia reacciona hacia el más puro conservadorismo y se impone al pueblo por sobre toda otra consideración, cuando aquel falso equilibrio que informa su vida vegetativa se altera.

Pero no equivoquemos los términos. En vez de incurrir en contradicción, este hecho representa una definición categórica. No obstante, la democracia tiene fieles y estudiosos servidores y fuera subalterno negar a todos ellos los mejores propósitos.

Sólo es posible llegar a este resultado cuando median grandes equí-

vocos, de los cuales no es el menos grave el ya apuntado de su común identidad con las dictaduras.

Existen otros más, y uno de éstos es la misma palabra liberal que pretende para sí. Es una aberración del entendimiento sobrentender con ella algo de naturaleza magnánima, de tierno desprendimiento. En esta forma se consigue, y muchos lo procuran arteramente, anestesiar a las masas con el paraíso prometido. El llamado liberalismo es, en definitiva, un acto de estricta justicia, cuya realización debe entenderse inmediata. Lo contrario, las diversas fases del conservadorismo, es simplemente inmoral, en la más pura acepción de este término.

La democracia a este respecto es liberal, aceptando la palabra, en teoría. En la práctica es esencialmente inmoral, y surge así de los hechos consumados.

Proclama, pues, un ideal, pero obliga a resignarse de no alcanzarlo, sin que por esto el ideal aludido haya ampliado su panorama. Por el contrario, a un mayor nivel de cultura popular sanciona nuevas leyes, que no alteran la situación original porque respeta el factor determinante del privilegio, y sólo consigue convertir todo en abstruso y complicado para las mentes simples, incluso el más elemental derecho a la vida.

Sin embargo, sobre este conglomerado amorfo es en el que se apoya, principalmente. Y gana por su número.

Razón poderosa, sin duda, para establecer la armonía entre los simples, aunque es sintomático que los simples no ejecuten la función de gobierno. Resulta así, dados los factores concurrentes, que la calidad sólo explica el círculo amplio pero limitado de la burocracia directora que se impone. La cantidad, porque es cantidad sin duda, justifica a lo sumo aquel resultado. Es cierto que la democracia establece la soberanía del pueblo, pero encuentra también la manera de escamotear sus mejores anhelos, sus más precisas reivindicaciones, en la delegación de su autoridad. Porque todo es posible en la democracia, desde que incurre en el más grave contrasentido de armonizar aquella presunta soberanía con el respeto a los privilegios establecidos, reconociendo la inmoralidad de su origen y el vasallaje del pueblo.

Para el desempeño de estos menesteres, la democracia ocupa su lugar. Entre las minorías netamente conservadoras, de afirmación categórica, y las otras minorías conscientes y rebeldes, ella establece un contralor decisivo sobre la masa amorfa intermedia, en beneficio de las primeras. No es de extrañar, sin embargo, porque a la como-

didad del método se agrega una fraseología que la singulariza, y permite, a su vez, aquella función castradora de resignada espera. Esto origina, en la inútil y absurda competencia verbal de las facciones, lo que se ha dado en llamar demagogia.

"La demagogia—ha dicho un conservador de pura cepa—es peligrosa porque puede motivar la reacción de defensa, siempre temible por sí misma." La democracia lo sabe y lo calla. O lo ignora, y demuestra la incapacidad de su propia obra. Importa, pues, recalcar aquel concepto, que es la verdad de los hechos, y establecer la cuestión en su verdadero alcance, pues nada es más peligroso para la creciente libertad de los pueblos que confiar en la aquiescencia de los poderosos a los fallos salomónicos de la democracia.

No seremos inclementes al juzgar la derivación demagógica. Por lo contrario, ella es característica ineludible de la ficción democrática y es, en sí, el germen de su destrucción. Cuando la democracia se aventura, en un gesto de sinceridad consecuente, a realizar sus promesas, surgen las dictaduras. El privilegio se desentiende entonces de sus flacos servidores y muestra sus garras. Lo sensato, vale decir, prometer sólo cuanto fuera posible cumplir, sobre ser improbable de todo punto, fuera condenarse a sí mismo. La esterilidad de la democracia no es ciertamente un mito, en cuanto se refiere al mejoramiento real y efectivo de la vida colectiva.

En cualquier caso, la definición obligada redundará en un mayor conocimiento del obstáculo y capacitará mejor la defensa. Aparte esto, las dictaduras, por ejemplo, tienen, entre otras ventajas, la de desenmascarar los espíritus serviles y tiranos y evidenciar sus mañas. Y es un favor que no brinda la democracia, donde la interpretación de las leyes ilumina todos los derroteros.

Reconocemos por eso en la demagogia una influencia provechosa, en cierto modo, bien que a pesar de la democracia. Se descarta que ésta cuando lleva alguna luz a ciertos cerebros en tinieblas pone también el medidor de las leyes, para limitar el consumo; pero al reivindicar las aspiraciones de los humildes desposeídos lleva a éstos la imprevista posibilidad de sus ambiciones. El grueso de la democracia conviene a menudo en la necesidad de tal o cual situación beneficiosa, recién después de habérsele dado la respectiva y sacrosanta ley, o de haberse demostrado esta posibilidad legal. Huelga advertir, entretanto, que toda ley es perfectamente innecesaria y restrictiva, cuando llega, porque sanciona la costumbre y limita, en cambio, la evolución que se manifiesta en lo sucesivo.

Sin embargo, el más grave delito imputable a la democracia es haber llevado al convencimiento del pueblo la sensación de su culpabilidad en los desaciertos inevitables del sistema, cuando es evidente la inocencia del mismo. Lo ha desarmado, valida del equívoco que fomenta.

El entendimiento y la felicidad entre los hombres no es tarea difícil. Son las leyes las que eternizan los obstáculos que los separan, hasta el presente. Y la democracia no ha servido, a pesar de su larga aplicación en los países más disciplinados, que no es decir adelantados, ni para evitar las leyes ni suavizar los obstáculos.

Su fracaso, pues, es cuestión de tiempo. Deploremos ahora el que transcurre. Y su destino será acompañar, en su ocaso, a las dictaduras que pretendió reemplazar con disimulo.

V. P. FERRERIA.

♣ ♣ ♣

"TEATRO DEL PUEBLO" :: ::

Con una expectativa justificada por anteriores declaraciones de propósitos y una línea artística prometida, y ante un público deseoso de asistir a la promesa del nuevo teatro experimental, debutó el miércoles 7, en la sala de la Wagneriana, el "Teatro del pueblo", dirigido como anticipamos por nuestro colaborador Leónidas Barletta.

Se representaron "Títeres de pies ligeros", de E. Martínez estrada y dos bocetos de uan C. Mauri. Sin espacio para detallar las impresiones recogidas, dejamos para el próximo número la crítica correspondiente.

Anticipamos, no obstante, la realidad del meritorio esfuerzo de los jóvenes intérpretes, y sentimos no poder extender igual consideración a las obras, sobre todo a los dos endebles bocetos ofrecidos.

Conviene destacar, sin embargo, para la propiedad de la crítica periodística, excesivamente despreocupada y ligera, cuando no interesada e irresponsable, que la dirección del "Teatro del pueblo" no establece censura alguna sobre las obras recibidas, respetando én los hechos la integridad del autor.

El fracaso de las primeras obras, si bien supone un grave contraste para la más rápida popularidad de la empresa, no significa invalidar las demás obras del repertorio y, mucho menos, las otras que pueden llegar en lo sucesivo, de todos los sectores. Importa, pues, alentar este experimento promisor que tiende a liberar al artista de la tiranía de los empresarios de taquilla, y procurar que el pueblo, el auténtico pueblo que sufre y piensa, sepa el camino de su escenario y el lugar donde podrá hallarse y comprenderse, sin falso oropel ni ridículas vanidades.

Barletta, cuya voluntad habrá de ponerse a prueba, como también los estudiosos y entusiastas elementos que le secundan con todo desinterés, deben contar, por la sinceridad de su esfuerzo y por las posibilidades que evidencia, con la entusiasta colaboración de los que creen en el pueblo y ansían, de verdad, su dignificación colectiva.

LA BUFALITA
Relato exótico

EL hodja Mustafá Mehmet tenía apenas fuerzas para andar. Sus piernas temblaban, la fatiga se adueñaba de sus espaldas y se acentuaba en sus riñones; su blanco turbante le ceñía las sienes como un cerco de acero. Con la amplia manga de su "chilaba" enjugó las gotas de sudor que perlaban su frente, después suspiró profundamente y, cruzando sus piernas, se abandonó sobre un diván, en el vestíbulo de su casucha. Siempre el mismo pensamiento, la misma angustia confusa ensombreciendo su corazón como nubes en la tempestad.

¡Cómo extraña la ancianidad sufriente!... Las sombras del crepúsculo comenzaban a descender. Sobre su negro indumento, los dedos descarnados palidecían, y en la lívida faz, encajada en el blanco de la barba y el turbante, sólo los ojos, semejantes a brasas cubiertas de ceniza, testimoniaban que la vida palpitaba aún en aquella forma humana. De tiempo en tiempo, el hodja sacudía lentamente la cabeza y gemía.



Ilustración para NERVIO, de Mario Venturi.

—No más dilaciones. Yo quiero que mañana me contéis el dinero aquí, en la mano. Si no...

Las palabras del perceptor le acudían sin cesar al espíritu y caían en su corazón como gotas de plomo derretido. Cuando llegaba al término "si no", una angustia inmensa le hacía estremecer. El sabía lo que le aguardaba, mas no se atrevía a abarcar todo su pensamiento. Era ya tan pobre...

De pronto, se irguió como movido por un resorte. El cielo se iba obscureciendo, y él había olvidado su ple-

garia de la tarde. ¡Era la primera vez que le sucedía una cosa semejante! La fe le daba una fuerza mágica. Más que nunca se sentía iluminado por la gracia celeste. Con paso rápido se dirigió hacia la mezquita, subió las escaleras de dos en dos y alcanzó el balcón del pequeño minarete.

Pero las casas del villorrio eran tan bajas que el minarete le parecía altísimo. La llanura negra, chata y estéril, se perdía en el horizonte. Pálidas fosforescencias temblaban aquí y allá, y al occidente brillaba el verde espejo del lago, un lago muerto, donde parecían germinar los misterios de la noche. De trecho en trecho, una silueta de árbol, semejando algún centinela fijado en la inmensidad.

En torno del minarete, las casas: todas iguales, humildes y resignadas, olvidadas en aquel rincón de la Dobroudja. Aunque construídas con piedra, son tan frágiles que parecen amenazadas de derrumbarse a la primera sacudida. Cada casucha tiene un corral, con un cerco de grandes piedras hasta la altura de las rodillas. En un rincón, un pequeño huerto; en el otro, un establo descubierto, y al costado basuras, y el estercolero, en el que la lenta fermentación es como el aliento de la tierra agotada por el hambre de sus infortunados habitantes.

Los acres olores conducidos por la brisa, venían a envolver al anciano que permanecía acodado sobre la balaustrada. El respiraba el hedor de aquella miseria estancada, si bien amaba aquella pobreza honesta, consagrada a una labor que jamás cubre las necesidades.

Desde las varias decenas de años que ejercía su santo ministerio en el lugar de Cirecci, siempre lo había conocido así. Allá, en la línea del horizonte, donde terminaban las tierras de su rebaño, terminaba también su universo terrestre. ¡Mas, el universo de Allah era ilimitado!...

Y, extendiendo sus brazos, levanta sus ojos al cielo y lanza hacia los cuatro extremos de la tierra la misma invocación sagrada. Aquel día, sin duda, la oración del viejo hodja de Cirecci fué la última de las plegarias elevadas por los fieles de Mahoma. Pero, ¡qué oración profunda! ¡Qué soplo de dolorosa nostalgia envolvía sus palabras, que se extendían en sonidos agudos, penetrantes como una agonía, hacia las casas que centelleaban al pie del minarete!...

Y aquella tarde la mezquita estuvo más concurrida que nunca.

* * *

El murmullo de las oraciones se había apagado. Los mahometanos salían uno a uno, silenciosos, las frentes abatidas, pareciendo sombras de algún mundo desaparecido. La misma esperanza habitaba en todos los corazones, la esperanza ciega y muda, jamás realizada y renovada siempre.

El hodja había subido al minarete; observaba los abismos de la noche, a la hora en que el corazón se aquieta y se adormece el pensamiento; contemplaba los cuernos de la luna, dentro de un pálido nimbo de luz. En diversos lugares se iluminaban bruscamente las estrellas, como los ojos que se abren repentinamente en medio del sueño, y parecían acariciarle dulcemente el alma.

Mientras tanto, entre las sombras que invadían los corrales, algo resonaba como desde el fondo de una hondonada: un sonido grave que se

prolongaba más fuerte, un mugido, semejante al precipitarse de ruinas; finalmente, un grito lastimero que terminaba en una sofocación.

En el alma de Mustafá Mehmet, el recuerdo adormecido se despertó, y el dolor, reavivado por un torrente de presentimientos, ascendía parejo al mugido en las sombras. Y de nuevo, como de plomo fundido, cayeron las palabras del perceptor:

—No más prórrogas. Mañana, quiero que me contéis el dinero..., dentro de la mano. Si no...

El hodja se lanzó escaleras abajo, vacilante y golpeándose en las paredes. A tientas, como un ciego que busca su camino, iba hacia el lugar de donde partían los mugidos. Al tocar el pelo delgado y suave de su bufalita, se estremeció; afiebrado, acariciaba su morro húmedo, su testuz, sus ancas, y le hablaba dulcemente. El amor, que él repartía entre sus fieles, lo brindaba ahora, íntegro, a la bufalita que lo nutría con su leche.

Cuando la compró cachorrita, se dijo haber encontrado la razón de vivir. El no pensaba más en casarse; hacía tiempo que los placeres del siglo, no le tentaban ya. Entonces, tenía a quien prodigar sus cuidados paternales. Temblaba por el más leve mal que sufriera, se inquietaba si por la tarde se detenía en el pastoreo o en el estanque. La regañaba tiernamente, acariciándola y limpiándola.

Después, con gran celo, comenzaba a ordeñarla, contemplando el chorro blanco que manaba de la ubre. Esto era para él como un rito: tenía su bufalita por un don del cielo. En la triste miseria del villorrio, era para él el único tesoro y la sola belleza.

Por las mañanas la llevaba a pacer y respondía con gozosa satisfacción a los viandantes que le preguntaban por su bestia; se regocijaba de ver a los niños acariciar su vientre redondo y darle a veces besos en el testuz. Murmurándole dulces palabras, la dejaba ir a su placer a los sitios donde encontraba la hierba más abundante. Cuando regresaba a su casa, se volvía infinitas veces para verla pacer, moderada y perezosa, y humildemente daba gracias al Señor Todopoderoso.

Pero, aquella noche, bajo la amenaza del funcionario de Estado, el hodja no sabía cómo aplacar su angustia. Hasta torpe estaba para acariciar al enorme bicho negro, cuyo cuerpo despedía un vaho maloliente. Con ambos brazos había enlazado el cuello de la bestia y apoyando la mejilla contra su frente, permaneció así largo rato, suspirando y balbuciendo palabras entrecortadas. Sus lágrimas caían a lo largo del hocico tembloroso.

—¡Que Allah te comprenda y te perdone, hodja!—le dijo un paisano algo más afortunado que, pasando delante de su casa, había sido atraído por sus lamentaciones.—Tú me haces reír y a la vez llorar de lástima. ¡Por un impuesto maldito, te apenas tanto!... Mira, solamente la piel vale treinta "lei" y con la carne mantienes al pueblo entero durante toda una semana.

Mustafá Mehmet levantó lentamente la cabeza y, encarándose de pronto, fijó sobre el intruso una mirada colérica y cerró los puños. Cuando hubo comprendido netamente la proposición, interpuso un "¿Cómo?" feroz, con un rugido que se perdió en la triste calle del lugar de las casas dormidas.

Aquella noche, olvidándose de ordeñar la bufalita, el hodja se durmió en la cuadra, apoyada la cabeza sobre el vientre cálido de la bestia...

* * *

A la mañana, el hodja con la barba y los vestidos en desorden, los ojos húmedos y los labios apretados, permanecía encorvado en medio de la calle, delante de su casucha. Veía alejarse, balanceándose y pesada, una silueta de amplias caderas, negra y luciente. Bajo el vientre, pendía una como prominencia, de la que parecían escaparse finos hilillos blancos, que brillaban al sol.

En el alma condolida del anciano se agitaban, en confuso amasijo, palabras duras, imperativas, oraciones, súplicas, encorajinamientos resignados. El no sabía con certeza cómo pudo despertarse junto a su bestezuela, con el perceptor delante suyo; ni cómo había implorado al hombre de ley, ni de qué modo le había maltratado él; menos aún cómo, cansado de luchar, había cedido, inclinando la cabeza sobre su pecho. Inmóvil, contemplaba el grupo que se alejaba; y sus manos oprimían el corazón angustiado.

Cuando la bestia hubo desaparecido en un recodo, el hodja se estremeció. Sus ojos parpadeaban rápidamente; su barba temblaba; un vacío pavoroso le invadía. Y de nuevo, permaneció inmóvil, en una espera ansiosa. Instantes crueles e interminables. Luego, como la tarde anterior, el mismo mugido se hizo oír, seguido de un grito agudo sofocado entre estertores. Pero la voz era más fuerte, y todo pasó en un segundo. Como un resorte que se extiende, el hodja se estremeció, y con paso demasiado largo para su talla se puso a correr. Era como una masa de pliegues que el viento rizaba. El anciano cayó de rodillas, en medio del gentío reunido en torno de un cercado.

Vió a la bestia tendida con las patas al aire, que se agitaba aún convulsionada. El cuello torcido mostraba una gran herida; la sangre viscosa se escapaba, y del charco que se agrandaba sin cesar manaban vapores, diríase el alma de la bufalita que se volatizaba en un acre olor de estiércol. Arrastrándose sobre la sangre, el hodja abrazaba la enorme cabeza, de amplia frente. La bestia había clavado sus cuernos en el suelo y apoyándose encima intentaba incorporarse. Sus ojos salidos de las órbitas, vidriosos y llenos de lágrimas, miraban a su amo. ¡Era tan humana y desgarradora la mirada de la bestia que moría!...

El hodja le murmuraba palabras entrecortadas por los suspiros. La bufalita sólo se debatía débilmente, y como si hubiera querido dar su último mugido; su lengua violácea pendía sobre un costado, muy cerca de la mejilla del anciano que besaba su frente manchada de sangre. Hizo un último esfuerzo y cayó sin vida. Su cuerpo parecía enorme, en medio del charco humeante. Y Mustafá Mehmet lloró todas las lágrimas de su corazón.

—Apartadle—gritaba el perceptor a los paisanos conmovidos. — Vamos, destripadla...

Dos hombres levantaron al hodja, teniéndole por los sobacos, como un guiñapo viviente, pronto a desplomarse de nuevo. Un rústico, con un yatagán en la mano, se inclinó sobre el cadáver, elevó sus ojos al cielo, balbuceó

alguna cosa, y clavó la hoja en la garganta. Agachándose, surcó el pecho, el vientre, la ubre...

Cuatro hombres, dos a cada lado, introdujeron sus dedos en la abertura y tiraron con todas sus fuerzas. Las costillas crujieron y por la brecha salieron los pulmones rollizos; después las entrañas se desbordaron y la leche resbaló sobre la carne hasta el charco de sangre.

De pronto, los matarifes se detuvieron asustados. En la matriz apareció una forma arrebujada. Un pequeño monstruo, de cabeza enorme, redonda, con dos excrecencias que marcaban los pies. Era un bufalín de dos meses solamente, una partícula de la energía universal que había germinado en el vientre de la bufalita negra. Aquel amasijo de órganos desbordantes, con el cadáver de una vida ignorada en medio, había conmovido a todos aquellos hombres, curiosos y ávidos, enternecidos y culpables... Ellos se sentían culpables, y el perceptor, obedeciendo él mismo a un mandato invencible, bajó la cabeza...

¡Qué grito, aquel de Mustafá! Su cuerpo achaparrado se debatía entre los brazos de aquellos que pretendían retenerlo. ¡Qué pecado imperdonable para su alma consagrada al Corán!... Se sentía envilecido, horroroso; un demonio le mordía el corazón sin piedad. Sin atreverse a suplicar, se cubría el rostro con sus manos manchadas, queriendo ocultarse de Aquel que todo lo sabe...

Convulsionado, gemía, gritaba, lloraba. Repentinamente, se aplacaba; apenas se tenía de pie. Su gesto se aclaraba y, ligeramente inclinado, el hodja, con el brazo extendido, señaló un punto en la lejanía. Una sonrisa quería apuntar en sus ojos, una visión interior parecía iluminarle: él escuchaba una voz lastimera y atrayente que le llamaba, un mugido dulce, prolongado y tierno...

Con paso menudo y vacilante, el dedo siempre señalando y con la misma mirada de alucinado, se fué el hodja. Los que le rodeaban no intentaron detenerle; una sorpresa, mezcla de piedad y de respeto, los dominaba a todos. Salió del villorrio y siguió a través de los campos, con el mismo paso mesurado, con el mismo ademán en la mano, con la mágica visión consoladora dentro del alma.

El día terminaba. Ligeras sombras descendían sobre la campiña triste y estéril. Se sentía que un vientecillo penetrante y vasto envolvía a la tierra. El hodja marchaba siempre hacia occidente. Las nubes se desgarraban como velos; flameaban en el cielo cerúleo bandas rosadas, manchones de esmeralda, palideces de cera... Un profundo escalofrío acompañaba a las últimas irradiaciones del sol. Luz y vida se desvanecían en el horizonte nostálgico, y todas las fatalidades encerradas en esta tierra parecían apagarse en el crepúsculo prolongado como una agonía.

El espectáculo del día moribundo se reflejaba en el lago, allá a lo lejos, al fin de la campiña. Diríase algún fragmento de otro universo, inmóvil y muerto para siempre. El cielo se combaba en la profundidad del agua fascinante. Los raros cañaverales vibraban apenas. Y, con los brazos extendidos, el hodja, semejante a un fantasma venido de otro mundo, caminaba siempre.

Llegó al borde del lago. Se detuvo un instante; después, levantando los brazos, dió un paso en el agua. Su pie se hundía en el fondo. Un paso más, después otro, después otro, y el agua verde y tranquila le engullía poco a poco, en un fuerte abrazo. Ya le llega a las caderas, al pecho, a la espalda, al cuello... Solamente la cabeza y los brazos se destacan aún sobre el lago.

El hodja siente el estremecimiento de una caricia celeste. Una fuerza invencible le arrastra hacia la profundidad; un murmullo de perdón se eleva en su alma, donde la huella lánguida de la bufalita persiste en su encanto obsedante.

¡Allah, akbar, Allah!..., y el agua le besa los labios, los ojos, la frente...

Cuando los dedos hubieron desaparecido al fin, la faz del lago se rizó ligeramente. En el lugar donde el cuerpo se había sumergido, una onda, semejante a una aureola, había emergido. La onda se agrandaba, se multiplicaba, más grande, cada vez más grande, yendo a estrellarse contra las orillas.

En la superficie del agua, el turbante del hodja Mustafá Mehmet flotaba, como un monumento turco, del que sólo fuera visible el remate de la columna, y que diría a los caminantes qué clase de hombre reposaba en aquel lugar...

Eugen RELGIS.

Bucarest, julio 1931.
Tradujeron: S. Rivain e I. Aguirrebeña.

YO HE VISTO MORIR A UN NEGRO

HE visto morir a un negro.
Nada me importa su nombre,
he visto morir a un hombre
en la sala de un hospicio.

Ya estaba tieso e inmóvil;
se le cerraban los ojos;
hacían corro los amigos,
amigos eran muy pocos.

Por todas partes enfermos,
caras lívidas y rotas;
la muerte estaba danzando
con el ritmo de sus huesos.

Vi la vida, vi la muerte...
Entre yodo y cloroformo,
acaso mi corazón
en el pecho estaba muerto.

ILDEFONSO PEREDA VALDES.

Montevideo, septiembre de 1931.

ALREDEDOR :: :: DE LA MENTIRA

VIVIMOS épocas de ocultación y de apariencia. Todos queremos ser, ver, llegar; sobre todo no sufrir, o muy levemente, en caso de ser inevitable.

Pero esto no es más que un deseo y como realización una utopía. Vemos bastante mal, solemos llegar tarde, sufrimos de diversas formas con aplastante regularidad... Esto no es nada agradable, ni siquiera lo aproximado que puerilmente nos imaginábamos.

Haber querido volar y chapotear sin embargo en la superficie de las cosas. Atribuirse un destino y una realización superiores y no conseguir sencillamente casi nada, y hundirse poco a poco en el mismo anhelo repetido y monótono, en la costumbre angustiante, en el ritmo casi idéntico de todos los días. Quizás no sea exactamente así en todos los casos. Hay quien se alimenta con gusto y tiene un anhelo estomacal a largo plazo o una deseada función intestinal bien lubricada; y quien tiene simplemente el deseo de jorobar a los demás.

Este vacío entre la imaginación y la realidad suele cavar hondo. A unos los desconcierta, desbarajustándoles el carácter tenaz y haciéndolos más o menos pitecantropos; a otros les tuerce la posible misión social y los convierte en amables predicadores; les amasija en fin la cabeza quitándoles la melinita cerebral y reduciéndolos a ser sentimentales, vegetarianos o izquierdistas.

Existen muchas posibilidades, como se ve, de torcer el rumbo y de naufragar tranquilamente. Pero no es el caso de protestar airados; este es mal de muchos y bien que nos agrade vivimos en regímenes de democracia, donde todo tiende a una discreta suerte de calamidad espiritual y de conformismo chato y "standard".

Este desnivel psicofisiológico origina una serie de trastornos inevitables, y da lugar a una angustia que nos visita con asidua regularidad y que, además de ponernos taciturnos y sombríos a lo Gogol, nos desbarata alguna que otra idea que todavía transitaba desprevenida. Es lo que sucede: a veces estamos tristes, otras también, y a fin de año casi contentos. Hay días que nos da la mano el lúgubre Dostoyewsky, y otros días en que es Pitigrilli el que se nos sube a la azotea. Este aporte irregular a la sensibilidad nos desbarata el juicio, aunque esto no se quiera casi nunca confesar. Quiere decir que ocul-

tamos esto y otras cosas que no suelen manifestarse con claridad en el trato común y cotidiano.

Nos reunimos sí, solemos estar juntos, también nos codeamos democráticamente, pero todo ello a través de una transitoria cordialidad, en el fondo de la cual se nos da un bledo de los demás; bien que en esto último exista una evidente reciprocidad. Somos "uno solo", vivimos en continua soledad, sin haber hallado aún ese haz luminoso de la verdadera amistad, y sin embargo nos tratamos. Este trato cotidiano en el cual cada uno no se quita la careta, tiende a desplegar alas a la simulación y hace que todos los días, con matemática regularidad, nos engañemos unos a otros macanudamente.

Hay que confesarlo: existe la fiebre palúdica del engrupimiento colectivo. ¿Por qué mentimos? Eso es lo que habría que ver. Con la mentira pasa por primera vez algo extraordinario: pertenece a todos, no sabe de divisiones sociales, se introduce en todas partes, le da un pepino de la diferencia sexual, y tanto se exhibe en la pechera almidonada de un faúno de sociedad, como en la melena de los pocos poetas que no han perdido la personalidad, es decir, los cabellos.

En toda otra especie de tara psicológica hay algo en que apoyarse; un método de investigar, de descomponer o deducir; un examen crítico que trata las causas y los temperamentos haciendo sus ángulos, sus clasificaciones, su distribución de descubrimientos. Cada uno de nuestros defectos tiene así su fichero moral y su historia propia y encuadra mal que bien en el campo de la psicología.

Pero la mentira, aun cuando en parte clasificada, se sale de este límite y queda suelta, más o menos al alcance de todos los bolsillos.

En nuestro tiempo y en medio de un poder materialista y de una exaltación de la fuerza física, las gentes se consideran a sí mismas; la vida no es una cosa muy delicada, pero sí necesaria e importante, digna de ser puesta en escena y en letras populares, para gozar así del burdo entretenimiento de ver representar el juego de los sentidos. Pero la mentira no es siempre burda ni está al margen de la espiritualidad. Hay razonamientos falsos de una amplitud maravillosa, y por debajo de esa ebullición desordenada de pensamientos existe profunda penetración, originalidad sin freno, viveza. Muchas veces el entusiasmo, la agitación, la fantasía, el hervor tumultuoso de las nuevas ideas, todas las facultades que surgen a un primer descubrimiento, se han revelado por una de esas falsedades, bordada, en muchas ocasiones, por los caracteres de una especie de locura o de genialidad.

La falsedad razonada puede también dominar la visión imaginati-

va, templarse en ella, y el pensamiento sometido a esa especie de disciplina morbosa se aquieta, vuelve sobre sus pasos, repite; concluye por sosegarse en la curiosidad calmada y en el eslabón de los días de la experiencia adquirida.

Es más: la mentira crea, más que razona, y más que criticar, inventa; suele reflexionar, sabe corregirse; eslabona razonamientos fichados a una adecuada manera personal, y de ascenso en ascenso se amolda a las necesidades de la inteligencia y a los vacíos de la vida.

En el amor exalta, en la amistad magnifica, en la relación cordial satisface. Gradúa, en fin, las posibilidades o la pequeñez del ser a que va destinada; de ahí que una mentira a determinada persona deba ser de más "categoría" que a otra. La mentira tiene poder y penetración; intuye las rarezas, adivina las vulgaridades, conoce los vicios, no ignora los malos deseos, y así, maestra gradual de esta red múltiple de la porquería colectiva, se infiltra en la vida y guía insensiblemente hacia determinado lugar.

Para esta propagación en gran escala tiene la mentira muy buenos ayudantes: el medio ambiente, las circunstancias de desorganización, el amplio mapamundi de la ignorancia, el lugar común, la rutina y, sobre todo, la endeblez moral, hace ya tiempo seriamente resentida. La mentira, que no sabemos por qué tiene nombre de mujer, lleva en sí adherida un corazón de bambalinas, un cúmulo de pasiones sordas, de fracasos, de sueños extraños, un aprisionado anhelo que zumba en ella obscuramente y que, no definido aún, quizás dure mucho tiempo todavía...

A veces es lúgubre, tanto provoca una muerte como desencadena una guerra. Otras veces, en cambio, simula frivolidad, y entonces roza la superficie de las cosas, juega con las personas, desea el éxito, divierte, bosqueja caricaturas, hilvana diálogos movidos, maneja y escamotea la realidad. Suele ser ingeniosa, a menudo imprevista, pero cuando es frívola no llega demasiado lejos.

De todo esto surge una comprobación indudable: la mentira nos domina. Comenzamos por jugar y valernos de ella, y ella concluye por jugar con nosotros. Deseamos dominarla, hacerla una especie de sirvienta apta para todo servicio, pero como es al fin bastante linda, nos casamos con ella. Es lamentable. Pero no obstante, a través de todos estos tropiezos e ilaciones trabajosas, concluiremos por dominarla finalmente, cortando de una vez la raíz de su desequilibrio.

Eso creemos. Pero, claro está, hemos mentido también un poco.

Alfonso LONGUET.

UN PROBLEMA SEXUAL: LA SUEGRA

LA suegra es una institución que ha preocupado siempre a la humanidad. Ni los salvajes, ni los civilizados, primitivos o contemporáneos, han dejado de plantearse una cuestión de muy íntima relación con el matrimonio y la felicidad.

Hoy la encontramos tan idéntica en el corazón de París como en los bosques de Melanesia.

Suscita siempre un conflicto la fantasía lógica de la suegra, y no solamente de carácter pasajero, sino íntimo, que surge de la sangre, en la existencia del matrimonio actual o del clan primitivo.

La suegra llega a ser un "tabú" para el yerno y, como consecuencia, adopta intenciones o posturas belicosas, que hacen la vida de familia imposible.

La comprobación de un choque tal, cuya existencia se evidencia en la vida, en el chiste, en la literatura y en el arte, ¿a qué es debido?

Trataremos en este ensayo epidérmico de dilucidarlo. Hemos de socorrernos con los estudios científicos sobre los hombres primitivos, el psicoanálisis y las secreciones internas.

Podemos vislumbrar que los instintos primordiales y biológicos fundamentales son los maternos. Existe una honda relación defensiva entre madre e hija. Generalmente la madre en toda especie animal defiende a su prole. El hecho de que una hija llegue a la adolescencia y parta para seguir un ciclo evolutivo propio, implica una represión a los instintos maternales. La madre no ve con buenos ojos el alejamiento de su hija y en muchos casos ello se presta a luchas.

Hubo épocas en que los hombres raptaban a las mujeres. Algunos autores opinan que de entonces surge el odio, que después fué secular y transmisible, de la suegra al ladrón de su hija. Mas, esta interpretación es muy simplista; en primer término porque el matrimonio o la unión rara vez se verifica por robo. Muchas por compra y muchas por libre consentimiento, sin contar que el rapto no explica nada de lo íntimo ni de las costumbres de pueblos civiles o salvajes, por el contrario, en muchos de ellos es una virtud. Todavía se mira con simpatía el rapto de una muchacha, por amor...

Sobre las relaciones entre sexo y suegra en los pueblos salvajes, uno de los autores que más luces ha dado es el inglés Frazer, fuente de donde ha tomado Freud los siguientes datos: "En la isla Banco, el yerno y la suegra deben evitar aproximarse uno al otro. Cuando por casualidad se encuentran en el camino, la suegra debe apartarse y volver la espalda hasta que el yerno haya pasado, o inversamente".

"En Vauna Laba (Port Patterson), el yerno no entrará en la playa, si por ella ha pasado su suegra, antes que la marea haya hecho desaparecer en la arena las huellas de los pasos de la misma. Sin embargo, pueden ha-

blarse a cierta distancia, pero les está prohibido a ambos pronunciar el nombre del otro".

"En la isla Salomón, el hombre casado no debe ver ni hablar a su suegra. Cuando la encuentra finge no conocerla y echa a correr con toda rapidez posible para esconderse".

"Entre los zulúes, el hombre no entra en la cabaña hallándose ella dentro y cuando se encuentran debe esconderse uno de ellos entre los arbustos".

"Entre los basogas (tribu negra que habita en las fuentes del Nilo), el hombre no puede hablar a su suegra sino hallándose la misma en otra habitación de la casa y oculta a sus ojos".

Los psicoanalistas han dado a estos hechos observados en pueblos primitivos una explicación estrepitosa, que ha tenido la suerte de levantar una tempestad de diatribas, polémicas y combates.

Para esta formidable escuela, descubridora de los inmensos territorios de la psicología erótica y de las capas primitivas de la geología espiritual, hasta entonces poco menos que vírgenes, pueden explicarse las relaciones entre yerno y suegra por el horror al incesto.

Crowley sostiene que los pueblos primitivos y salvajes tienen un superlativo temor ante la tentación que puede traer una mujer ya grande, de la cual puede considerarse el yerno como hijo. Vale decir, simbolizan la madre en la suegra.

El psicoanálisis ha descubierto definitivamente el complejo de Edipo. Complejo es un parcial conglomerado anímico de carácter afectivo, cuya manifestación es universal. En un principio la elección sexual del niño es de naturaleza incestuosa; el objeto sexual puede ser la madre y la hermana. Más tarde se liberta de tal atracción, siguiendo el sexo su desarrollo progresivo y evoluto.

De acuerdo a esta escuela, la hostilidad entre yerno y suegra puede considerarse proveniente de la profunda aversión que el hombre experimenta por sus deseos incestuosos de épocas anteriores, total y profundamente reprimidos en la actualidad.

Así, no carece de importancia el poder demostrar que los pueblos salvajen experimentan, aun de un modo peligroso, hasta el punto de verse obligados a defenderse contra ellos con medidas excesivamente rigurosas, los deseos incestuosos destinados a sumirse un día en lo inconsciente. Tal interpretación, bastante ingeniosa y lógica, no puede ser integral. Fáltale algo, con lo cual disminuye un poco los factores desconocidos actuantes en tales misterios...

Toda suegra oscila por arriba de los cuarenta años. ¿Qué proceso sufre la mujer después de tal edad, entre 45 y 50? Los trabajos modernos tienden a aclararnos estos puntos. Paulatinamente la mujer se transforma, aproximándose en más o en menos al masculino; a tal proceso denomínase virilización.

Por regla general la suegra se viriliza. No suele esta transformación verificarse por mutación o revolución caracterológica, sino que la naturaleza, más compasiva, ha querido que se realice en el transcurso de una serie

de años, pero a los cincuenta, en nuestro medio, adquiere carta de ciudadanía irrevocable y visible.

No es que las mujeres sufran cambio en los órganos sexuales, sino en los caracteres sexuales secundarios.

La mujer a la edad apuntada (el meridiano de la suegra), sufre una honda transformación en el sistema piloso. Si a los 35 ya venían asomando uno que otro pelito, a los 50 tiene barba entera. En tal carácter pueden notarse dos variaciones: una que tiene forma juvenil, vello, y otra que tiene forma varonil, barba: clasifícanse, pues, en velludas y barbudas.

No es extraño tampoco encontrar suegras calvas, mas, entre los tres tipos caen casi todas las alteraciones de tales sistemas glandulares.

La sabiduría popular ha hecho fea a la suegra, aunque hay excepciones. No conozco ningún cuadro famoso en que una suegra salga bien hermosa, salvo, se entiende, los cuadros del Renacimiento, santas y vírgenes cuyos modelos eran campesinas o "ragazas" desbordantes de vida e iluminadas de esperanzas primaverales.

La piel que antaño era suave, pierde su característica extensible y se convierte en gruesa, se endurece como la del hombre. A los cincuenta años, en nuestras mujeres aparece una nueva flora facial. Barros en abundancia, crecimiento de lunares; las verrugas se despiertan, multiplican en número y agrandan en volumen, quitando a la cara femenina ese aspecto religioso que da la juventud a un rostro bonito.

Claro que hay excepciones. Las grandes mujeres sobrepasan estos detalles y la inmensidad de sus mundos morales se asoman al rostro, quedando sólo el espíritu, que unido a la voz, que es el tono del alma, hace que perdamos la noción de lo terreno cuando hablamos con una Luisa Michel, Concepción Arenal, Ellen Key, Rosa Luxemburgo.

También hay formas que aparecen bellas en sentido superior, "el caso de mujeres "feas" que nos resultan admirablemente hermosas cuando hablan y dejan asomar maravillas internas de bellezas espiritualizadas". Nos resta agregar que difícilmente las grandes mujeres llegan a la categoría de suegras...

En el estadio de suegra la mujer toma un aspecto hombruno, el esqueleto parece que se torna más fuerte, todo el cuerpo tiende a la anchura. No crece más en alto, como la juventud que parece iniciar una marcha hacia el cielo.

La adiposidad entra en su reino, la cara engorda, perdiendo así aquellas hermosas líneas que sirven de tema a un cuento magnífico de Guy de Maupassant.

El cuello se tornea y pliega muchas veces, mientras el tronco parece inflarse desmesuradamente, muriendo en su flexibilidad. La voz, de dulce antaño, hogaño es gruesa y dominadora.

Tales cosas, como puede ver el más lego, forma la nueva estructuración de la mujer, diríamos la hombrunización.

Psíquicamente, se afirman caracteres correspondientes. El lenguaje da miedo, sufre un proceso de endurecimiento y disminución categórica. Se olvidan casi por completo las palabras dulces, como que el amor ha huído...

Según Marañón, "la líbido en las mujeres intensamente virilizadas, no sufre una transformación paralela". Resta fiel a su origen, sigue siendo dirigida hacia el otro sexo, mas ha cambiado de finalidad, de sentido y de armonía. En cambio, yo pienso que en no pocas mujeres que han ascendido la cuesta de la edad crítica, la líbido cambia virando rápido hacia una inclinación homosexual. Desaparecen los instintos maternales, aparecen otros y sucede que el sexo en su ocaso se dirige hacia la mujer.

Desde el punto de vista de lo inconsciente e irracional, que es muy importante, el hombre bueno o malo, casado, se encuentra que tiene que enfrentarse con mujeres en las cuales se han verificado transformaciones fundamentales.

Si la metamorfosis viriloide es exagerada, la suegra tiende a anular al hombre, a todo hombre que se coloque en su presencia, vale decir, en su ambiente de la vida cotidiana de hogar.

Se ponen los pantalones, y aun sin esto abordan de lleno la vida universal moderna, política, económica, social, y aspiran a que el yerno sea un subordinado, un siervo, en la aparición de un nuevo femenino que nos lleva al matriarcado, como está pasando claramente en la mujer norteamericana.

En otros casos, el choque es equivalente, pues el sexo del hombre va librando batalla contra una líbido semejante e invisible, que vicia el ambiente dándole el aspecto y colorido de antesala del infierno. Aquí también la líbido de la suegra tiende a la dominación del individuo.

Suele verificarse una honda aversión psíquica, no generada exclusivamente por causas físicas, fenómeno que proviene de otra aversión sexual, con un doble sentido erótico y sexual, propiamente dicho.

En las suegras, como en las solteronas, nace un odio a los hombres; tal estado de ánimo, si es pasajero, puede perderse en el trajín de la vida, mas, si se estabiliza y desarrolla todas las energías psicofísicas, alimentan como savia este odio, que da lugar a no pocas tragedias registradas en notas policiales y a numerosas penas, mucho más importantes para la humana especie, aun no anotadas en archivos y en periódicos.

No es extraño, tampoco, que la suegra tenga una admiración superlativa por el marido muerto. (Los muertos son siempre más grandes que los vivos). Entonces nace comúnmente un fenómeno de formación ambientista. La suegra, cuyas fuerzas vitales dan un último empuje, lucha por un ambiente hijo de una filosofía muerta, extemporánea y demasiado pragmatista, en el cual el lugar del marido está ocupado por el yerno; tiende a transformar a su yerno en la imagen de su marido, y si el carácter de aquél es débil, lo consigue, triunfando definitivamente en esta lucha por el poder, que no pocas veces comparte con su hija. Otros numerosos matices pudieran establecerse ahondando el mundo de relaciones e interrelaciones que representa el hogar cristiano-burgués e individualista, mas, nos falta espacio...

Porque las complicaciones sentimentales aumentan cuando la hija es una rebelde o cuando quiere realizar sus vivencias, alianzas y combinaciones transitorias, que no endulzan ni simplifican la vida, por cierto.

El trabajo, un trabajo racional y manual, limita la acción poco benéfica de la suegra, uniéndose a ello la utilidad que significa este tesoro humano, individual y colectivamente.

Todas las relaciones afectivas íntimas suelen traer, tarde o temprano, un choque que puede mitigarse, más por la distancia que con la reflexión.

Si a tales factores biológicos fundamentales añadimos la condena o la pena del convivir diario bajo un mismo techo, fuerza capaz de horadar las montañas más gigantescas que levantaran los cataclismos del amor, deduciremos inmediatamente que la suegra es una institución arcaica que merece ser revisada.

La solución del problema no está en la desaparición ni en el destierro.

Me parece que la "suegra" entrará pronto en el olvido. La familia individual le dió carta blanca. La civilización burguesa le prestó el clima moral para su total máxima maduración histórica, mas, las nuevas instituciones que apuntan le restan toda importancia determinante. La ciencia vendrá en su auxilio, y por medio del rejuvenecimiento la transformará en mujer; el proceso de la virilización será detenido, se orientarán estos organismos hacia la feminización eterna. La unión libre desvirtuará el sentido secular de la lucha de la suegra por el matrimonio y por la seguridad de su hija, hondamente arraigada en la entraña maternal.

Para esta época el hombre también habrá cambiado y solamente se llamará yerno alguno que otro fósil metido en las selvas de Birmania o vecino de las fuentes del Amazonas.

Porque la suegra pertenece a la etapa en que la humanidad vivía encadenada al sexo y el sexo esclavo de los cuerpos, mientras ya entramos en esos nuevos mundos en que se nos presenta como imperativo el problema profundo de la relación anímica entre los sexos.

Juan LAZARTE.



Ilustración para NERVIO, de Víctor Mendía.

ALBORES

I

Con los dedos en la tina
de la mañana; mojados
los ojos de sol; la voz
fresca como agua de cántaro,
he caminado estas calles
despilfarrando mi paso
igual que mal tirador
sus cartuchos al espacio;
y he recogido en las redes
desplegadas de mis labios
la gárrula voz de un niño,
buen apedreador de pájaros.

II

Labrador: Siempre con gozo,
como en los surcos el grano,
la semilla luminosa
de la risa entre tus labios.

III

Lluvia que el patio me mojas
en prolongado bullicio:
¿con cuántas gotas de estrellas
están formados tus picos?

IV

Primavera, sol y niños:
tres corazones en una
diafanidad del domingo,
ceñidos en la desnuda
voz de mis pájaros íntimos.

V

Cantares, cantares míos
de mis labios corazón:
salid de vuestro escondite,
ya nos reclama la voz
de los pájaros despiertos
en la presencia del sol.

José PORTOGALO.

CARTAS SOBRE LA MUSICA

XI

La música predispone al amor.—**Stendhal.**

AMIGA mía: Gracias por su advertencia. El mal que pueda acarrearme mi franqueza me tiene sin cuidado. No tengo ningún interés en conquistar la simpatía literaria de nadie. No escribo para adular ni conformar a nadie. Ninguna razón, ni práctica ni sentimental, puede inducirme a callar lo que pienso. Insisto en que los músicos argentinos carecen de orientación. Ningún problema humano parece preocuparles. Van a tontas y a locas, sin ideales, sin principios, por la pendiente de cualquier insinuación, por la corriente de todas las modas.

Incapaces de construir una personalidad, levantan un nombre, pacientemente; luego lo explotan para situarse y de cuando en cuando componen un numerito para justificar en parte las prebendas obtenidas. Es la pura verdad. Las excepciones se cuentan con los dedos de una mano y sobran dos o tres. Ninguna de éstas es Panizza. Como a Panizza lo han contratado en el Scala como director, aquí los críticos gacetilleros hacen largas tiradas ditirámbicas al "maestro argentino".

¿Argentino? ¡Mentiras!

Panizza es un discreto músico italiano, que accidentalmente ha nacido en la Argentina, como pudo nacer en la Indochina. Nada de común tiene con nosotros. Ni su obra, ni sus gustos. Ni lucha aquí, ni se forma aquí, ni comparte nuestra vida. Nada en él es nuestro, ni siquiera las trescientas palabras castellanas que balbuce cuando pasa una temporadita en Buenos Aires.

En cambio Alfredo A. Schiuma, ya no solamente es argentino, sino "pampeano". Se ha inspirado en "Flor de durazno" para escribir una serie de números criollos. ¡Cómo será la cultura de este músico que encuentra su inspiración en "Flor de durazno"!

Otros, como Gianneo, todavía siguen inspirándose en los Incas, cuando no toman un motivo popular y lo "arreglan", como Luna o Celia Torrá, Raúl Espoile o López Buchardo.

Estos motivos nos son absolutamente extraños y nos muestran tan pobretones que da grima. En el cancionero y la música popular de tierra adentro hay indudablemente muy hermosos motivos; pero tratados por músicos que viven en las grandes ciudades, viciados por el

ambiente de fiebre que respiran, esa música cuyo valor esencial es la gracia, la pureza y la frescura, se transforma en un vulgar movimiento de sonido, que no es ni el remedo de lo que era en su origen.

Lo criollo, pues, no ha de ser un prejuicio. El ser argentino no es necesariamente ser gauchesco, sino ser uno mismo, sin influencias exteriores de ninguna clase. Cuando aprende uno a poner su sinceridad en el arte, ya es del pedazo de tierra que le cupo en suerte habitar. Pues no se critica al que fabrica un arte extranjero, por nacionalismo de escarapela, sino por el daño que causa a la cultura de sus coterráneos, incorporando a sus ideas y sentimientos elementos extraños al medio en que se desenvuelven. Y, además, porque creando sobre lo que no conoce, sino a través de los otros, lo hace siempre falsamente.

El arte, sin embargo, no tiene patria. Lo más hermoso que posee es esa comunicación espiritual que vincula al hombre de las estepas y al de las pampas, al llanero y al montañés, al ciudadano y al marino, a través del tiempo, a pesar del idioma, de la raza, de la religión o de la clase social, en una emoción, en una idea.

Pero esto es la esencia del arte y las formas que la contengan han de ser propias. No son valederas sino aquellas creaciones artísticas que reproducen la emoción experimentada, la idea concebida con absoluta libertad.

Por todo esto, señora, me permito afirmar que nuestros músicos andan sin rumbo y sin verdad.

Su invariable amigo.

Leonidas BARLETTA.

♣ ♣ ♣

FE DE ERRATAS. — Porque altera grandemente su sentido, nos permitimos hacer notar al lector atento que en el artículo aparecido en el número anterior, titulado "El dinero, elemento de corrupción", de Costa Iscar, donde dice "la gran prosperidad social" debe ser "la gran prostitución social". Igualmente, debe decir "la riqueza moral no engorda la olla" en vez de "la riqueza material..."

LAS IDEAS DE GANDHI

TANTO se ha escrito y hablado de este magro hindú, apóstol máximo del mundo amarillo después de Budha, que el tema parecería agotado. Sin embargo, lejos de ello, la cuestión gandhiana está tan embrollada que apenas queda por donde atar cabos.

El intentar coordinar las opiniones de sus panegiristas o las de sus detractores sería caer en lo absurdo; llegar a una conclusión meridiana, a través de tanto parecer, imposible.



Ilustración para NERVIO, de Kras.

La figura de mahatma, no obstante su cronológica historicidad, ha devenido para los occidentales casi en un mito o una leyenda fantástica del obscuro Oriente.

Nosotros, para simplificar la tarea develatoria, vamos a prescindir de cuanto se ha dicho de él y a procurar pintarlo según surja de la interpretación directa de sus obras y prédicas.

Sería de sumo interés abocetar su vida dramática y apasionante — agónica — para una más clara visión de conjunto, mas, esto no es cometido fácil.

Gandhi político es un autodidacta; la espiral del proselitista abarca en él un radio máximo, actualmente en marcha y con posibilidades de llegar a lo insospechado.

A través de sus páginas autobiográficas vemos que sus comienzos fueron corrientes; nada permitía suponer que aquel niño endeble, pusilánime, reconcentrado y sensible, podría dar el hombre que hoy tratamos de comprender. Sus características salientes: obediencia, amor a la verdad, al estudio, en nada precoz, jamás han correspondido a los genios natos.

Si el medio circundante influye realmente en la formación del carácter del hombre, y si las peculiaridades de los padres se manifiestan luego en los hijos, como sostienen algunos pensadores, en el de Gandhi han hallado un ligero reflejo.

Su familia pertenece a la casta tercera (Vaishya), equivalente a nuestra clase media, y su padre ocupó el cargo de ministro en el gobierno de su provincia.

"Mi padre — escribe — era un apasionado de la verdad, leal y generoso, de carácter vivaz. Debió ser sensible a los placeres de la carne, hasta cierto punto, pues se casó la cuarta vez después de pasada la cuarentena. Mas, era incorruptible y gozaba de una reputación de imparcialidad absoluta, dentro y fuera de la familia." "Mi madre — dice más adelante, — deja en mi memoria una fuerte impresión de santidad."

Aquí tenemos, pues, dos puntos de referencia de que valernos para introducirnos en el laberinto de sus actividades misticopolíticas.

Gandhi ha heredado de sus progenitores las cualidades morales que han de presidir toda su vida y la profunda religiosidad, siempre creciente.

Completó sus estudios de derecho en Londres, de donde regresó a la India a ejercer su profesión, si bien comprendió pronto que la misión del abogado debe consistir en armonizar las partes litigantes antes que en exasperarlas, y esto ya es un hito revelador de su carácter.

El ejercicio de su profesión lo llevó a Sud Africa, y allí, a fuerza de verse humillado y maltratado, siendo testigo de la vida infame e inhumana que soportaban los "coolies" — nombre despectivo que se da a los hindúes — sintió la primera gran rebeldía de su vida y se decidió a luchar con todas sus fuerzas para mejorar la condición de parias que sufrían los hombres de su raza.

Allí quedó marcada su ruta.

Pero entonces sus aspiraciones no iban muy lejos; se limitaba a recabar de los poderes públicos una mayor consideración para sus hermanos y una rectificación en la conducta de los hombres blancos para con los de color. Entonces, el "Imperio Británico sólo existía para bien del mundo", entonces aún podía soportarse su soberanía con sólo un poco de respeto para los hindúes.

Así lo vemos, a pesar de todo lo sufrido, colaborar con el gobierno opresor en la guerra con los boers y en la revuelta de los zulúes, organizando un cuerpo de camilleros voluntarios. También en la Gran Guerra coopera con toda su influencia en la reclutación de voluntarios, a tal extremo que su vida corrió un serio peligro.

Conviene tener presente que en las dos primeras ocasiones sólo organizó fuerzas de alivio, suavizadoras de la guerra, pero en la última ya entrevió la ocasión de que los enrolados se familiarizaran con el manejo de las armas, pues sabido es que la India está desarmada hasta la impotencia absoluta, y esto para Gandhi equivale a un crimen que los conquistadores han perpetuado en el pueblo hindú.

Ahora nos toca ver cómo nació su primera gran creación, la Satyagraha, "la resistencia pasiva" o fuerza de la verdad, según la etimología del vocablo, y por qué causas se puso en marcha.

Existía una ley en Sud Africa que obligaba a todos los hindúes allí

radicados a firmar un contrato de ocupación por cinco años, que los colocaba poco menos que en la esclavitud, o a pagar un impuesto anual de tres libras por cabeza de todo hombre, mujer o adulto no contratado, ley inhumana que sólo tenía por objeto favorecer a los propietarios de minas y explotadores de las riquezas naturales, a costa de la emigración de color.

Ya se estaban haciendo preparativos de resistencia a la ley, cuando un acontecimiento inesperado vino a precipitar los hechos. La Corte Suprema de Cabo pronunció en marzo de 1913 un fallo en virtud del cual todos los matrimonios quedaban declarados ilegales, exceptuados los que hubieran sido celebrados según el rito cristiano e inscriptos en el registro matrimonial.

Por aquel decreto quedaban sin valor las uniones consumadas de acuerdo con las religiones hindúes, musulmana y zoroástrica, las mujeres tenidas como concubinas y los hijos privados del derecho de heredar a los padres.

Los hindúes se pusieron de pie y la Satyagraha comenzó su marcha movilizando sesenta mil hombres que se dejaban apresar e insultar pasivamente, pero que obtuvieron la primera victoria, obligando al general Smuts a celebrar un pacto dejando sin efecto el fallo de la Corte Suprema y suprimiendo temporalmente la tasa de las tres libras.

Poco después estalló la gran conflagración, y Gandhi regresó a la India a comenzar sus campañas, celebrando en 1917 la segunda "resistencia pasiva", que logró la anulación definitiva de la tasa antedicha y de la ley de contrato de emigración.

Al correr del tiempo la India ha ido despertando de su modorra y las disidencias con el Gobierno Imperial se han agrandado, llegando al extremo de que hoy, en la reunión de la "Tabla Redonda", el dirigente de la magra figura no se conforma con menos de la independencia absoluta, para colaborar con Gran Bretaña en un plano de igualdad.

Tras este sumario examen histórico de la obra de Ganhdi, principal animador de todos estos movimientos subversivos, vamos a analizar sus ideas.

Su religión

Gandhi es un hombre eminentemente religioso. A sí mismo se llama buscador de la Verdad y todos sus actos políticos, tal lo declara, no tienden más que a la purificación, y como no es posible vivir puro en contacto con los impuros de ahí su propósito de purificar el mundo. Su ideal es reducirse a cero, única forma de vencer la materia, pues "solamente los puros de corazón pueden encontrar a Dios", si bien, según declara, "mi única experiencia me ha probado que no hay otro Dios que la Verdad".

Aunque practica la religión hindú es un heterodoxo, combatido por los ultramontanos, pues su culto personalísimo difiere de todos los tradicionales, pudiendo decirse que es religioso por necesidad y que todos sus sacrificios, sus frecuentes y prolongados ayunos los hace por imponer a la carne la docilidad necesaria para el predominio de su espíritu, lo mismo que los monjes y clérigos de toda laya se disciplinan con el mismo fin. Uno tras otro, ha ido escamoteando todos los placeres materiales, los del amor, los del gusto y los de la comodidad.

Solamente un disciplinado como él podría soportar un régimen tan

frugal, reduciéndose su alimentación a ciertas verduras, algunas frutas y la leche de cabra.

A título de curiosidad, explicaremos por qué se acompaña siempre de sus dos cabritas.

En una de sus muchas penitencias por culpas propias y ajenas, hizo voto de no tomar más leche ni huevos. El año 1919 contrajo una grave enfermedad de la que quedó tan débil que el médico se vió forzado a prescribirle el empleo de la leche y los huevos en su alimentación. El paciente se opuso, alegando su voto, pero el médico halló un subterfugio aduciendo que él al pronunciar su voto no había comprendido a todas las leches, sino a las de vaca y búfala, que eran las que habitualmente tomaba. El mahatma tuvo que dejarse convencer, y como se habituó a ese alimento no ha podido prescindir de sus dos cabritas famosas.

Esta anécdota nos prueba, por otra parte, cuánta es su tolerancia en materia religiosa, tolerancia que le ha permitido entenderse con los musulmanes y limar muchas asperezas entre las dos confesiones predominantes en la India.

La intocabilidad

Una de las particularidades constitutivas de la India es la división en castas, impermeables unas a las otras, y su más agudo problema, la repugnancia de todas las otras por la de los "intocables".

Los que componen esta casta, y son una crecida parte de la población indígena, están condenados a la más humillante situación y a la más espantosa miseria.

Gandhi ha combatido este criminal absurdo desde los comienzos de su vida política y, a pesar de no pocas oposiciones, ha vencido todos los impedimentos opuestos por los tradicionalistas, reacios a cualquier avance.

Jamás ha rehuído el rozarse con "intocables", admitiéndolos en sus sociedades y hasta en su familia, con la sola condición de ser limpios.

El Congreso Pan-Hindú celebrado en 1920 declaró suprimida la intocabilidad, y por más difícil que sea vencer de un golpe la rutina, poco a poco va desapareciendo esa vergüenza.

La rueca

Estando en Sud Africa leyó un libro de Ruskin, "Hasta el fin", y esta obra le produjo tan honda impresión que significa uno de los actos más decisivos de su vida.

Entre los principios fundamentales que saca del libro, el capital es este: "La vida dedicada al trabajo manual es la única que merece ser vivida". En aquel mismo instante se impuso el deber de practicar trabajos manuales, comenzando por la fundación de la colonia "Fénix", donde todos los habitantes debían hacer otro tanto. Hasta llegó a imprimirse allí el periódico "La opinión india", hebdomadario en el que desarrollaba su gran campaña políticosocial.

Cuando regresó a la India y advirtió el estado miserable en que vivía el pueblo, concibió la idea de remediar el mal en todo lo posible, lo que

podría hacerse en parte con la dedicación en masa al arte de tejer, comenzando por buscar maestros que les enseñaran a sus colaboradores, para después ellos extender las enseñanzas a las multitudes embrutecidas por el ocio forzoso y el alcohol — poción exaltada por el invasor, — convencido de que con el desarrollo de las pequeñas industrias, con la propaganda en favor del uso del "khadi" (la tela tejida a mano) y con el boicot, declarado más tarde, a las telas extranjeras lograría una doble finalidad: estimular el trabajo manual y combatir el hambre.

El éxito de esta campaña pueden confirmarlo los hilanderos de Lancashire.

La no cooperación

Después de la Satyagraha, que tan óptimos resultados ha dado a la causa hindú, la no cooperación ha sido otro de los aciertos del "leader" gujarati, y con ella ha asestado un rudo golpe al Imperio.

Esta idea no requiere mayor esfuerzo para ser comprendida por los hombres de Occidente, por cuanto hace muchos años que les es familiar, si bien en la práctica se revelan diferencias típicas, que pudieran explicar, a su vez, la distinta eficacia de los procedimientos.

En efecto, Gandhi, simplificada su tarea por la sencillez de su pueblo, ha encontrado el factor psicológico, mezcla de religiosidad y practicismo, capaz de aunar el esfuerzo colectivo en una dirección determinada.

Los resultados obtenidos pueden servirnos como demostración elocuente de cuánto entorpece la labor oficial la abstención del pueblo, a quien va dirigida y en quien debe apoyarse toda obra de gobierno.

Ahimsa

La no violencia, que es la traducción de este vocablo, constituye la concepción máxima del mahatma (grande alma), y en alcanzarla plenamente finca su primordial finalidad. A ello tienden todas sus actividades políticas y sus duras disciplinas religiosas.

Uno de sus más sentidos pensamientos reza: "La identificación con todo lo que se vive es imposible sin la purificación de sí mismo; sin este acto, la obediencia a la ley de la Ahimsa no es más que ensueño vano".

La Ahimsa es la piedra de toque de quien esté dispuesto a colaborar con el apóstol por la regeneración y emancipación de su pueblo.

Alcanzando ese grado de pureza y dominio de las pasiones y flaquezas del cuerpo, se puede participar de la Satyagraha, soportar los atropellos de toda índole e ir, sin temor, a la cárcel por desobediencia, haciendo transformarse a los lugares de represión en asilo de los justos.

Esta doctrina tiene un antecedente real en Cristo, que aconsejaba poner la otra mejilla cuando se reciba una bofetada, y en un pueblo ya quietista y contemplativo como el hindú, donde la religión cuenta tanto en la vida de los individuos, al ser difundida como un aspecto religioso no cabe duda que puede surtir efectos extraordinarios.

Gandhi, como todos los grandes conductores de masas humanas, ha debido apoyarse en algo sobrehumano para conseguir su objetivo.

A través de la historia vemos cómo ejemplos de esta naturaleza se repiten.

Moisés, el legislador judío, ascendió al Sinaí, donde habló cara a cara con Dios, que le dió las Tablas de la Ley.

Jesús, hablando en nombre de Dios, su padre, dió origen a la religión más extendida, con la gran lección de su espiritualidad y su renunciamiento.

Mahoma creó una religión, o mejor una variante, y con ello pudo lanzar a sus numerosos ejércitos a la conquista del Edén, matándose por imponer al mundo la nueva fe.

Hoy el mahatma, con su variante religiosa, con su lección de espiritualidad frente al materialismo imperante y con el gran ejemplo de su vida de renunciamientos, arrastra en pos de sí al pueblo más numeroso de la tierra y ofrece al mundo su gran enseñanza, la no violencia, frente a la violencia desatada que amenaza con destruirnos.

El ejemplo de mansedumbre de Jesús se repite en Gandhi; la gran serenidad de Sócrates preside la vida austera del mahatma.

* * *

Al iniciar este trabajo nos habíamos propuesto hacer una crítica comparada de las ideas del gran apóstol hindú, con las imperantes en el mundo occidental, pero repasando su vida, tan rica en enseñanzas, tan plena de inquietudes y tan abundante en progresiones ideales, hemos optado por hacer su retrato lo más fielmente posible, y nos remitimos a la Historia del futuro, que es la que en última instancia ha de pronunciar la palabra definitiva de este hombre infatigable e ilimitado en sus aspiraciones redencionistas.

ISIDORO AGUIRREBEÑA.

♣ ♣ ♣

El próximo número de

"NERVIO"

aparecerá el 14 de noviembre

ALGO SOBRE SEXUALISMO

EL amor sexual es la primera manifestación del amor universal. Pero antes de llegar a esta sublime concepción de la humanidad, como postulado trascendental de la solidaridad biocósmica, hay que considerar los laberínticos problemas que se enlazan con el primordial instinto de la perpetuación de la vida. La psicología, la fisiología, la ética, la patología social, tienen vasto campo para sus estudios, no para anatematizar las aberraciones sexuales con un criterio de moraliteísmo dogmático y trasnochado, sino para establecer la medicina necesaria que cure las lacras con esclarecido método científico.

Empezando por sentar las verdades del racionalismo, comprendemos perfectamente que los refinamientos de la civilización, las extravagancias de la cultura, las fantasías del arte, los infinitos excitantes que ofrece el progreso de lo que se llama el *buen vivir*, son otros tantos motivos para que la natural atracción de los sexos, que originariamente no es más que la voluntad de las especies para reproducirse, se haya convertido en una cadena de sobresaltos, de enfermedades, de vicios, de crímenes y de inútiles sacrificios humanos.

Según el temperamento, la educación, la edad e innumerables accidentes que involuntariamente concurren en la existencia individual, cada uno tiende a satisfacer sus órganos y su imaginación amorosa de acuerdo con tu temperamento. Eso, en realidad, no puede ser reprochable para los espíritus libres de todo prejuicio. Lo que sí es condenable, desde el punto de vista social, es que la descendencia, consecuencia del aparejamiento sexual, sea producto de la imprevisión y de la ceguera del instinto, produciendo vástagos tarados que perpetúan las infinitas fealdades que ensombrecen el mundo, constituyendo una carga para sí mismos y para la sociedad que debe aguantarlos... Desgraciadamente, son muy raros los que se preocupan de los hijos que han de nacer a causa de un fugaz instante de placer, por motivo de una ardiente chispa de sensualidad que embriaga los sentidos y ciega la razón. Constituyen una selecta minoría los que saben hallar la medida de las expansiones sexuales y del equilibrio vital que ellas producen, cuando son dominadas y no dominadoras. Pero los que no pierden la conciencia y la responsabilidad de sus actos, no deben tampoco vanagloriarse de su fortaleza, en la que, sin duda, influye poderosamente su temperamento frígido. Los tipos apasionados, arrebatados por su sangre ardiente, de-

ben hacer mayores esfuerzos para contenerse dentro de los límites de la prudencia. Así se llega a comprender la falsedad de la moral y de la virtud, que pretenden tener un único patrón para todos los temperamentos. No es más moral, en el sentido de la virtud al uso, el más rígido, sino el más flexible, el que ha debido poner en mayor grado la tensión de su voluntad para permanecer ecuánime dentro de las fórmulas aceptadas en la convivencia.

Los que pretenden presentarse como puritanos o como catones son seres peligrosos, que se suelen revestir de una solemnidad teatral para cubrir su verdadera idiosincrasia. Desde cualquier punto de vista, es preferible el tipo sincero al simulador, pues la vida debe dirigirse hacia la comprensión, que es tolerancia y cordialidad fecunda, plena de jugos vitales, y no hacia la condenación, que es esterilidad, frialdad cadavérica y absoluta incomprensión.

Colocados en el buen terreno, el panorama del mundo se nos presenta más agradable, con contornos de verdadero humanismo para el servicio de las futuras construcciones fraternales. Pero si examinamos el pandemonium de las actuales sociedades desde el terreno de la tragedia, no veremos más que negros horizontes, presagios funestos, en los que descuella el consuetudinario fratricidio.

Es preciso proclamar el odio a las morales seculares, a las disciplinas violentas e impositivas, que se oponen al resurgimiento de la conciencia individual. Hay que enseñar verdades positivas, experimentales, que produzcan bienestar individual y social a la vez. Nada de códigos campanudos y estrechas doctrinas. Las costumbres deben modificarse por la educación racional, comprensible a todas las razas y en todos los climas. Libertad sexual, profilaxis concepcional, eugenismo esclarecido, tales son los postulados esenciales para crear armonía futura.

Mientras estos conocimientos y esta aspiración se hallen en cierne, bueno es proyectar en el caos de la actual vida sexual una tolerancia para las flaquezas del prójimo y para las propias de cada uno. La conclusión será esta: todo está bien en las manifestaciones del amor y del deseo sensual mientras no produzca dolor inmediato o mediato a los que ofician en el altar de Venus. Que cada uno experimente en carne propia las consecuencias de sus actos, y no hay por qué asustarse si muchos, sugestionados por la brillantísima luz, acaban en pavesas como las cándidas mariposas que revolotean en torbellino alrededor de la lámpara. Que nadie quiera establecer imposiciones en los floridos senderos de la alegría sexual. El amor es sólo protección y reciproci-

dad festiva. Si adquiere el ceño adusto de todo movimiento tiránico, se desencadena en odio, en venganza, en crueldad inmotivada; deja la ruta serena y placentera para extraviarse en la tortuosa senda del dolor, donde tantas energías se dispersan para hollar la vida...

El amor no puede producir, aun dentro de sus humoradas, más que deleite y sana alegría. De no ser así, puede considerarse como secuela de ulteriores formas del dolor, en las que el deseo de dominación juega su preponderante papel. Consideremos que no hay deberes sin derechos y que la pretendida superioridad de un sexo sobre otro es la mayor enemiga que tiene la reciprocidad bien entendida...

Costa ISCAR.



LA noche ha madurado en sombras;
los silencios en la calle se aprietan,
y el instinto es un galgo filarmónico
que se extasía al paso musical de una hembra.

Entona mi espíritu una canción de vendimia
y atrás de una ramera se perfuma mi canto,
con el aroma de las tentaciones;
triunfa Venus y se mofa el Diablo.

Tiene el Amor sus templos y hospitales
y abiertas las puertas de los paraísos;
el tacto es toda la vida y toda la muerte
en estos lechos de hastío y de martirio.

Orondos adolescentes y poetas mirlantes,
vienen a ofrendar sueños y semen
a estos lugares, altares donde el gálico
bendice en la cama las liturgias herejes.

Alucina la sedante tibieza de la cama
sombreada de azul para la fiesta,
donde danzan los siete pecados y agonizan
los deseos, en el cuerpo en cruz de la ramera.

Y salgo cuando el alba humedece de rosa
las frentes atormentadas de insólitas lujurias,
con los labios secos, el corazón de trapo,
y el rostro estriado de infinitas angustias.

Antonio MUÑOZ.

REMEMORANDO

José Ingenieros

POSEYO un gran mérito y se abocó a una responsabilidad: crear disciplinas del carácter. Y en esta labor positiva de superación, a tal punto estaban sus palabras libradas del envaramiento oficialista, que hasta el estilo y la síntesis eran distintas en él; su prosa vivía por la imagen certera y el impacto feliz; era prosa que corrige y burila, estilo que canta y que graba.



Ilustración para NERVIO, de Julio Orione.

Deshizo por primera vez el círculo estrecho y limitado del "cientifismo" argentino; y frente a la propensión metafísica y al concepto sensorial, opuso el dique del positivismo, y en esta lucha fué su finalidad — más que su palabra cortante — la que quebró la muy egoísta especulación de lo propio.

Se le llamó maestro. No quiso serlo; y los que le comprenden y no lo aceptan como tal, verían en esta propensión al gregarismo de los que se llaman sus discípulos, una actitud de lúgubre sorna para el fustigador de los mediocres. Para ser maestro en la acepción corriente, careció de la furia imaginativa, del verbalismo hueco de los que se titulan conductores y se colocan solos al frente de las guerrillas vanguardistas. Ingenieros, más que la absurda adhesión sin restricciones — que no intentó imponerlas quien carecía de vestiduras de mesiánico — quiso lograr la conexión, el tránsito entre la realidad y la posibilidad. Claro que para esto no rehuyó, como tantos intelectuales de biblioteca, el hálito de lo real que sugiere siempre diferencias de importancia; y por eso tuvo la dualidad que exigía la época: ser un escritor en su gabinete, y un hombre en los estrados de las conferencias.

Frente al orden injusto de las cosas estatuídas por la sociedad, tuvo el gesto intransferible que de él podía aguardarse: se rebeló. Su lucha debió ser continuidad; sabía de la mentira vital que nos agobia; la voluptuosidad de los sentidos, el abandono de la inquietud, el en-

tretenimiento pueril de la curiosidad. En el telón de fondo de su época advirtió el juego de bambalinas y la disposición de la escena, y detrás de la máscara maquillada del actor, alrededor de la decoración espléndida y la palabra altisonante, fustigó la ocultación y el sentimiento forzado. Vió cómo se escamoteaba la realidad, cómo se huía de conquistas trabajosas, cómo se claudicaba. Y frente al panorama de est aentrega gradual opuso — aun entre los comienzos confusos de una reconstrucción moral — muchas virtudes que parecían haberse olvidado: el entusiasmo, la inquietud, la fantasía, el hervor tumultuoso de las nuevas ideas, todas las facultades que preceden a una renovación inevitable.

No tenía una estructura indócil al arrastre emotivo. Es más, logró la audacia, y no por prurito sentimental, de adjudicarle a los humildes esa revelación dolorosa que es la medida del dolor.

Su tránsito por la realidad —donde hay crudezas triviales, injusticias repetidas y miserias múltiples— se hizo francamente, y no en puntas de pie, calladamente, como suele hacerse con frecuencia. Ni siquiera en la acción hemos logrado igualarlo; al margen de su trayectoria de compañerismo y de enseñanza, nos hemos detenido. Hay que confesarlo: no guardamos más que su recuerdo; y no se considera su ejemplo, ya que no su lección. Hoy nos repetimos; el pensamiento más que templarse se aquieta, más que someterse a una disciplina se repite; y como si fuéramos viejos, la inquietud parece calmada y la experiencia adquirida. Hoy no se crea, se razona; no se inventa, se critica; no se corrige, se reflexiona. Y más que existir quien le supere, hay ya quien le niega. Pero esto es al fin lo que importa destacar. Siempre hubo en la lucha social dos posiciones y sólo es preciso recordar en él, que la suya no es obra de montaje a remache ni de lubrifación oficial.

Pero se le niegue o no, se le quiera burdamente sepultar en el olvido, vive aún su vigoroso mensaje solidario que tiende a despertar la sensibilidad y a hacer vibrar el temperamento, que es en el fondo conciencia de hombre.

Y aun así, en última instancia, en el inevitable conflicto de esta especie de "sabotage" que representa el sentido real y mezquino, frente a la posibilidad imaginativa, continuar.. su recuerdo y su enseñanza; porque todo era distinto en él: el estilo y la síntesis, la imagen certera y el impacto lacerante, el vigor de su prosa que corrige y burila, el pensamiento generoso que anima, el estilo que canta y que graba.

Nathan FORGE.

LA MISION DE LA CRITICA

LA crítica honesta es un elemento absolutamente necesario para el control de toda obra que aspira a destacarse por sus valores. El crítico puede ver cuanto escapó a la sagacidad del creador, sea éste artista escritor, poeta, sociólogo o político. Si el crítico es honesto aportará ideas complementarias; si es falso en sus conceptos, su obra será negativa.

Ante todo para criticar es necesario conocer. Clavar las garras en una obra ajena y no soltar la presa por el sólo hecho de hacer daño no es condición de crítico: es más bien temperamento de villano. Así como alabar y cantar loas entre familiares es condición de espíritus débiles. En un crítico no debe notarse ni el rencor ni el fanatismo, si es que aspira a realizar una obra digna.

Cuando un escritorzuelo, gritando como un loco, se las emprende con una personalidad, que lo es indiscutiblemente, y da palos a diestra y siniestra sin saber lo que dice, es un imbécil y un malvado al mismo tiempo. Diremos también que no basta la sinceridad para criticar; sin conocimiento no es posible hacer una crítica sensata. Un semianalfabeto puede leer el Quijote y aburrirse, pero, lógicamente, no puede criticar. ¿Porque un ciego no puede ver el Sol tendrá derecho a negar la existencia de este astro?

Críticos hay que lo son por no haber podido acertar otro camino. No pudiendo hacer nada se contentan con el afán de deshacer. Arremeten contra todas las cosas, buenas o malas, sin detenerse a pesar el pro y el contra, convencidos de una videncia que no poseen. Al decir de estas cotorras con visos de literatos, todas las cosas tienen jorobas. Y los hombres también. Según ellos habría que pedirles parecer siempre que se tratase de realizar algo. Sin ellos el Sol se detendría en su carrera; sin ellos moriría la facultad de crear y la mente humana se estancaría.

El crítico que entiende así su misión es el individuo más despreciable. Se asemeja al vagabundo que tendido a la orilla del camino apostrofa al labrador porque ha hecho un surco torcido. Haragán empedernido se burla de los trabajadores; y, lo que es peor aún, los insulta. Su baba cae sobre la obra ajena procurando restarle brillo. Y aunque nada logra sigue atacando con furia con su pico inútil.

El crítico deshonesto no convence a nadie. ¿Cómo podría convencer a los otros si ni él mismo está convencido de lo que dice? Como no tiene por norma la verdad arroja puñados de mentiras; unas veces por ignorancia, otras por cretinismo intelectual. Habla de todo porque tiene un barniz de todo; aprendió a leer y escribir y es literato, se detuvo en un paseo público a contemplar una estatua y es escultor, oyó gritar a media docena de tenores y se considera un perfecto crítico del arte lírico. Si oyó alguna vez el discurso rabioso de un político, entonces conocerá todas las encrucijadas de la política y escribirá sendos artículos haciendo resaltar las virtudes o defectos de los políticos, sus capacidades, o su imbecilidad.

El crítico honrado no es así: no ejerce la crítica como un medio de poder calumniar impunemente; da a cada cosa su valor y no se ensaña con-

tra nadie. En todos los casos el crítico que sabe su misión procede con escrupulosa honradez. Si habla de un libro lo hará después de haberlo leído, y si de cualquiera otra obra ha de hablar no lo hará como una cotorrita a quien una vieja inútil enseñó a hablar, sino como un hombre consciente de su deber.

Los críticos no pueden ser una especie de sábelotodo; por eso los buenos no ejercen toda clase crítica: con preferencia se aplican a los temas que conocen más para no correr el riesgo de decir barbaridades. Un buen crítico de literatura no tiene la obligación de saber aplicar sus críticas a otras artes; bastará con que cumpla su misión allí donde puede cumplirla bien en virtud de sus conocimientos.

Se ha dado el caso muchas veces de que un crítico hablase de un libro sin haberlo leído detenidamente. Eso es el colmo de la estupidez y quien procede así no merece saber leer y escribir. Un escritor, más o menos bueno, suda sangre para escribir un libro honesto y... ¡un crítico imbécil, con todo desparpajo sale calumniando la obra! Y digo calumniando porque quien habla de un libro que no ha leído es semejante a una vieja chismosa empeñada en contar cosas que jamás ha visto.

La crítica es una misión honrosa ejercida por un hombre honrado; manejada por un canalla se convierte en un arma venenosa. Allí donde hiere deja su ponzoña. No corrige defectos, sólo amarga las almas que luchan por un ideal. Por eso es tan despreciable un crítico falaz. Muchas veces un pigmeo se enfrenta a un gigante y pretende derribarlo; no lo consigue; pero alguna vez su baba mancha por desgracia la obra del gigante.

Una pléyade de buenos críticos puede guiar y corregir; los otros sirven solamente de estorbo. No se necesitan. Son escollos o son pantanos...

Queremos críticos honrados, conscientes de su deber, de alma sana y grande para que no juzguen la obra ajena con la bajeza de las almas ruines.

Criticar, literariamente hablando, no es aplastar o denigrar, es procurar señalar el sendero a los que lo equivocaron alentándolos al mismo tiempo. Criticar es también reconocer el mérito y aplaudir el genio.

Alberto MARITANO.

♣♣♣

ADMINISTRATIVA

Encarecemos a los simpatizantes de la revista cuya suscripción vence en este mes, se sirvan renovar, a los fines de contribuir con su solidaridad y ayuda a la mejor estabilización de la empresa

LA ADMINISTRACION.

MIRANDO VIVIR

EN España, los socialistas han logrado, al final, el título que les corresponde por sus merecimientos.

Ahora se les llama "socialfascistas".

Esto habrá motivado algún desencanto, sin duda, en los ingenuos que esperaban algo de estos redentores de nuevo cuño.

Pero la verdad es que hasta los semialfabetos alcaldes de modestos villorrios se sienten poseídos del vértigo de las alturas, como cuadra a impacientes advenedizos. Y persiguen, encarcelan y desalojan de sus ocupaciones habituales y pacíficas a los hombres que no comulgan con ellos o con sus dogmas.

En Andalucía han aplicado la llamada "ley de fugas", amenazan con el destierro y "la persecución legal" a las agrupaciones apolíticas y quieren, en definitiva, dejar en miniatura a don Alfonso...

Sin embargo, han salvado los principios. Y España será en el futuro, mientras puedan hacerlo, "República de trabajadores", aunque los trabajos a que los "socialfascistas" se dedican no sean, precisamente, los que cuadran a un trabajador de orden común.

* * *

Don Niceto ha convenido un arreglo con el santo Padre. Y la primera preocupación de sus acólitos es afirmar que el gobierno tuvo "mano de hierro y consiguió un triunfo". Se ve que quieren convencerse ellos mismos.

Creen, sin duda, estos solícitos amanuenses de don Niceto, que el hierro es flexible.

Y que los oídos del pueblo están taponados de estopa. Y las entendederas llenas de telarañas.

* * *

La "falta de disciplina" de los marinos ingleses, aparte la causa invocada, que puede ser real o aparente, nos brinda grandes enseñanzas.

Y una de ellas es el mito de las jerarquías, como que su valor representa, exactamente, la mansedumbre de los subordinados.

Y nos demuestra, también, cómo es posible un entendimiento que torne impotentes las máquinas de destrucción, sobre las que se asienta la suprema razón del privilegio.

El desarme, que es lírica e hipócrita literatura en la boca de los mercaderes de la política, podrá ser en manos de marinos y soldados, hombres del pueblo, una feliz realidad.

Por eso que las naciones, si al parecer quieren el desarme, habrán de exaltar la lección que brindan los marinos ingleses...

* * *

Los estudiantes chinos pidieron a gritos la declaración de guerra con el Japón. Y se hablaba de movilizar cien millones de chinos, que no eran estudiantes, precisamente.

Sin duda en las Universidades chinas, como en todas las universidades, se inculcan equívocos sentimientos, y muy pocos se animan a ver en la exaltación patriótica la causa de tales exigencias estridentes.

Se demuestra, pues, el heroico patriotismo de los estudiantes chinos. Pero, eso sí, mandarían a los otros a perforarse el cuero...

V. P. F.

TEATRO

"La calle"

De Elmer Rice, en el Ateneo

ESTA obra de Rice ha logrado un éxito casi universal, por la habilidad del autor para manejar los muchos muñecos de su farsa y por las agudas observaciones de tipos cosmopolitas y locales.

La Calle, puede ser de una ciudad cualquiera de los Estados Unidos del Norte, de Nueva York si se prefiere, y de ella ha acotado el escritor un retazo, una casa de vecindad—nuestro conventillo, con mejoras edilicias—para su experimento.

Por ella desfilan tipos diversos: judíos comunistas, boxeadores, chauffeurs, músicos italianos, mujeres chismosas, novios que se "mojan" ante el público, chicos que patinan, etc., además se produce la crónica policial, un marido engañado mata a la infiel y al seductor y, finalmente, una captura a tiros, como en el cine o como aquí.

También florece un tierno idilio entre Rosa, hija del asesino, y Samuel, el hijo del judío, un muchacho inteligente y desprovisto de los prejuicios de su raza porque sus padres son racionalistas. Pero los enamorados se someten a los imperativos de la vida y ella partirá, tal vez para siempre, porque él debe terminar su carrera.

Obra esta de grandes perspectivas, ha permitido al autor desdoblarse en múltiples aspectos y planos y proyectar una gran visión de conjunto de lo que es la vida en una gran metrópoli. Pero, la visión del autor, igual que el objetivo de una cámara, no pasa de la superficie de las cosas y las personas, malográndose con ello muchas probabilidades.

El señor Raúl E. Sagarna ha traducido tan libérrimamente la sugestiva pieza de Rice que, por momentos, parece un sainete vacarezziano.

Un espectador decía a nuestro lado: "Para ver esto hubiéramos ido al Nacional. Total, es lo mismo". ¿Qué podemos añadir nosotros en honor del traductor?

La compañía del Ateneo ha debido soportar la prueba difícil del reparto extensísimo y ha tenido que recurrir a elementos de escasa capacidad. Eva Franco se singulariza entre el abigarrado conjunto.

La presentación, mediocre.

El público acudió en cantidad, se divertía y aplaudía.

"La enemiga"

Comedia de André Paul Antoine, en el Odeón

Los jóvenes escritores de Francia, sobre todo los que cultivan el género escénico, llevan a las tablas todo su escepticismo, su descarnado y cruel escepticismo, demoledor de conceptos tan sólidos y arraigados en la conciencia como la familia y el amor.

Y es que París, metrópoli del placer y hasta hace poco escuela de vicio, ha de ofrecer a sus observadores abundantes ocasiones de dudar.

Habría que reconocer en estos jóvenes comediógrafos una gran sinceridad y una recta intención si escribieran sus obras con miras a provocar la necesaria reacción en los auditorios, si combatieran y demolieran con el plausible afán de higienizar la atmósfera, mas, por el contrario, lo hacen con el menos noble prurito de "amusser de plaisanter".

Henri Jeanson ha realizado una comedia, "Amigos como antes", de la más descarnada manera, con elementos tan corrosivos y disolventes que de-

primen y son capaces de producir serios trastornos en algunos espíritus mal equilibrados.

Antoine, el autor de la pieza que origina esta crítica, nos ha hecho conocer su posición escéptica ante el amor de las mujeres.

Lo más personal y nuevo en la obra reside en la distribución y colocación de las escenas.

En un cementerio, y en el día de los difuntos, tres tumbas se abren para dejar salir a sus ocupantes, que son los tres amantes de una mujer, la enemiga común, y dialogando narran cómo sucumbieron a manos de ella.

El primero se suicidó, el segundo murió repentinamente, en presencia del desenfado de su mujer para traicionarlo, y el tercero resultó vencido en una loca pugna de resistencia física entablada con su amante.

Como epílogo, por si hubiéramos asistido a pocas liviandades e inescrupulosidades de la mujer, acude al cementerio a rendir su homenaje en el día de los muertos acompañada de su hija, y ésta se encuentra con un joven camarada que parecería iba a enamorarse tan locamente de ella, como su pariente, la primera víctima de la mujer fatal, se había enamorado de la madre. Pero acaban hablando con tal desinterés del amor que lo inmediato en ellos parecer ser el culto a la homosexualidad.

Abundante material combativo lastimosamente empleado en desbaratar sin provecho, descomponiendo elementos muy estimables para la reconstrucción de la comprometida convivencia del hombre y la mujer y para la persistencia de la especie en nuestro planeta.

La obra, desde el punto de vista artístico, contiene elementos muy dispares, abundando en aciertos de observación pero incurriendo con frecuencia en vulgaridades y chabacanerías.

La interpretación, ajustada a la letra. La escenografía, expresiva y sugerente, la del cementerio, sobre todo.

"Cuando tengas un hijo"

De Samuel Eichelbaum, en el Liceo

Cada año suele ofrecernos este preocupado autor una pieza de valores poco comunes en nuestro medio teatral.

El anterior obtuvo para su comedia "Señorita" los honores de ser considerada la mejor del año, y éste que corre, sin duda alguna, los volverá a obtener para la nueva pieza que vamos a comentar.

Las doctrinas del profesor Freud han logrado una resonancia casi tan grande como la teoría de la relatividad de Einstein, con la ventaja sobre ésta de ser más asequible a los profanos.

Entre los autores dramáticos influídos por dichas doctrinas, H. Lenormand es el que más lejos ha llegado en sus especulaciones, habiendo creado todo un vigoroso teatro que comprende manifestaciones tan sobresalientes como "Los fracasados", "El hombre y sus fantasmas", "El devorador de sueños", etc.

En todos los países nórdicos se han hecho tentativas de teatro psicoanalítico; en Inglaterra; el poeta Ardavin y otros en España; y una pléyade en Alemania, donde se destaca J. Kaiser, de quien habremos de estudiar la comedia "Oktobertage".

Eichelbaum ha escogido de la rica vena psicoanalítica lo más llamativo, lo cual si bien significa una valentía, reporta en cambio una gran ventaja, pues exige menos conocimientos, pudiendo salir del paso con un estudio somero.

El asunto planteado es elemental.

Un padre viudo, Emilio, y un hijo de 17 años, Horacio, viven en una casa de pensión. El primero sufre la torturante ausencia de la mujer—así lo dice el hijo—y éste padece el despertar de la líbido.

Paula, una mujer peligrosa y dominadora, que habita en la misma casa, se ha propuesto conquistar al viudo, chocando siempre con Horacio, que no

siente por ella ninguna simpatía, pero este choque es siempre en primer plano, porque en el subsuelo psíquico Paula desea al adolescente.

En torno de estas criaturas atormentadas por su compleja psiquis—abusamos del término, pues en la pieza se repite con excesiva frecuencia—Rosita, la criatura mejor concebida en la comedia, enamorada de Horacio, sufre por reflejo las torturas del amado, y ante el temor de que otra mujer por sensualidad pueda revelarle el mundo erótico, se le ofrece por amor, para víctima del sacrificio de la iniciación.

El matrimonio del viudo y Paula se consuma y Horacio, después de alguna difícil convivencia, huye de la casa paterna porque no puede soportar las hostilidades de la madrastra, trocadas de pronto en persecución erótica.

Al final regresa el prófugo y todo se aclara. Paula declara haberse casado con el padre para estar más cerca del hijo, y luego de la confesión abandona la casa, sin que Emilio haga mucho por contenerla.

Tal es la trayectoria freudiana seguida por Eichelbaum, donde claramente se ve que, más que al "complejo de Edipo"—término usado por Freud para señalar cierto estado psíquico erótico—como ha dicho algún crítico, se ha aproximado a la tragedia de Fedra, menos subconsciente aunque tan intelectual.

Si el autor no hubiera manifestado tan visibles preconcebidas tendencias para su obra y hubiera aludido menos reiteradamente a ciertas doctrinas, la pieza habría ganado en espontaneidad y soltura.

Además, la mentalidad del hijo, muy superior a la del padre (sin que esto sea absurdo), está muy recargada de complicaciones, si tenemos en cuenta la edad del protagonista, 17 años, y esto da a la comedia un agudo matiz artificioso.

No obstante, a pesar de todo lo apostillado, creemos que si el autor persiste en el experimento, y no se somete tan sumisamente a Freud, podrá lograr una comedia notable.

Otro reparo que se nos ocurre es que ha escrito la obra en el lenguaje familiar, empleando los arcaísmos y giros deformatorios del idioma, que si en algunas piezas puede tolerarse, en ésta por su carácter universalista y puesto que los personajes no deben responder a ningún patrón local, la limitan considerablemente.

La interpretación en un nivel muy inferior. Apenas si Paulina Singerman, en un papel que no comprendemos por qué ha sido confiado a una mujer en vez de a un galán, se destaca de los compañeros con perfiles propios.

La presentación escénica achabacanada, sin contribuir en nada a la formación del clima que la pieza reclama.

"Un día de octubre"

De Jorge Kaiser, en el San Martín

Kaiser es, entre los autores dramáticos contemporáneos empeñados en la renovación del teatro, el paladín más esforzado, el más amplio y el más profundo. A pesar de ello, era casi totalmente desconocido entre nosotros, ya que sólo se había vertido a nuestra lengua una obra, "Gas" (primera parte), en la Revista de Occidente, que no es muy difundida entre el público adicto al teatro. Por otra parte, las compañías alemanas que nos visitan periódicamente, conceden muy poca importancia al movimiento reformista de su país, para brindarnos valores tan representativos de la hora actual. La misma revista ya citada había adelantado también la primicia de "Oktobertage", de cuyo texto difiere muy poco la traducción ofrecida en el San Martín.

Entre las obras que conocemos de este autor las hay de diversas tendencias: sociales, como "Gas"; clasicistas, como "Alcibíades redimido", bíblicas, históricas, etc., constituyendo "Un día de octubre" una nueva modalidad en él, que por vez primera aborda el terreno subconsciente, a la manera freudiana.

El conflicto planteado en esta comedia es de lo más audaz que se ha dado en estos últimos tiempos, y sin embargo lo ha resuelto con toda facilidad.

No podemos substraernos a la tentación de esbozar su tema.

Catalina vive en casa de su tío, el señor Coste—una de las principales figuras de Francia—y ha tenido un desliz amoroso del cual nace un niño, que es forzoso ocultar para evitar la deshonra de la familia, por lo que se la envía a un pueblecito apartado de la ciudad. Mas, Catalina se niega a dar el nombre del padre de su hijo, y sólo en un momento de inconsciencia, en lo más crítico del parto, dice: "Teniente Jean Marc Marrien, nuestro hijo...", cuyas palabras, anotadas por su dama de compañía, darán al tío la clave para descubrir al causante de todo.

Pero cuál no será la sorpresa del nombrado teniente cuando al acudir al conminativo llamado del señor Coste oye de boca de éste que su sobrina tiene un hijo y él es el padre, cuando ni siquiera la conoce.

Ante negativa tan categórica, ¿qué juicio formar de la mujer?

Sin embargo, las declaraciones de ella ante el militar, cambian fundamentalmente el aspecto de la cuestión.

El teniente pasó un día de octubre por la ciudad, estuvo detenido desde la mañana hasta la noche esperando la combinación del tren, y se vieron, primero frente a una joyería, contemplando unas alianzas, después se encontraron en la iglesia, rezando juntos, y como él dejó su gorra en la forma debida, ella pudo leer en el forro el nombre del dueño; y más tarde se encontraron, también casualmente, en un mismo palco, rozando él el brazo desnudo de ella, al retirarse antes de terminar la función.

Todo lo cual fué interpretado por Catalina como un matrimonio en toda regla, pues habían comprado juntos las alianzas, habían recibido la bendición en la iglesia y lo habían celebrado en el teatro. Por eso pudo a la noche recibir en su alcoba a su marido, trocado por el azar en el carnicero Legerche, que saltando por la ventana cruzaba el corredor, delante del cuarto de la doncella, para ir a visitar a la criada, su amante.

Ante estas razones, el teniente se siente vencido y decide dar su nombre al hijo de Catalina, que aunque engendrado por otro, virtualmente era suyo, desde que a él era a quien se daba la enamorada.

Aún hay más en la obra. El carnicero quiere explotar su paternidad y el otro padre debe matarlo, para salvar al hijo del deshonor de llamarse Legerche.

Se argüirá que esto es convencional, pero es lógico si se tiene en cuenta la calidad de las personas de la comedia, su posición social, y por consiguiente sus conceptos del honor y la dignidad, aunque en fin de cuentas sólo sean baratijas de guardarropía.

El asunto, tan vidrioso como acabamos de ver, sólo ha podido salvarse del ridículo a fuerza de habilidad del autor y de agudeza psicológica para sortear todos los riesgos abordados.

Los personajes han sido dibujados sobriamente, todos sus trazos han debido soportar el cincel del artífice, que ha podado todo lo accesorio y ha sometido lo restante a poderosos reactivos, capaces de gastar todo lo endeble.

Ha sido un gran acierto de la señora Singerman el incluir esta obra en su cartel.

Su interpretación de la hiperestésica Catalina, aunque haya adolecido de alguna rebuscada teatralidad, se ha ajustado bastante al tipo de la heroína. El resto del reparto, insuficiente para tan alto cometido.

La presentación sintética y efectista, reflejando influencias recientes en sus realizadores.

Queremos cerrar estas cuartillas tributando un aplauso alentador a Berta Singerman, por cuanto se ha esforzado por imponer un teatro de categoría, que el público no comprendió o no necesitó. Y aquí no sabríamos qué reputar más desconsolador, si la incomprensión o la ausencia de tan noble necesidad.

FILOCTETES.

CINEMA

Thomás H. Ince, el primer innovador

EN la historia del cinematógrafo mudo, Thomas H. Ince deja un recuerdo honroso. Fué el primer director norteamericano que alejado del mercantilismo y la obsesión de la taquilla, consiguió éxitos de arte. Hasta entonces la orgullosa tradición artística se negaba a entrar por la puerta de los talleres de filmación. Ince fué el primero que logró que el arte se atreviera a asomarse, si no en la sala de la casa completamente, en un recodo del vestíbulo anunciando al menos su llegada.

Es interesante conocer su iniciación. Esta tuvo lugar una tarde en que Thomas Ince, actor teatral sin mayor pena ni gloria e hijo de actores también, se halló en Nueva York en la plazoleta del Times, sin dinero y sin almuerzo. Una de esas circunstancias adversas que suelen perseguir a los artistas de la farándula, le había llevado a esta situación dramática, aunque sin apuntador, sin público ni bambalinas; y ya el gesto de desagrado llegaba en él a un intento de rebeldía, cuando lo halló en esa plazoleta J. Smiley, actor y director cinematográfico y algo amigo de él. Esta persona le ofreció trabajo como intérprete en una película a filmarse, y Thomas Ince, artista de la escena, enemigo del lienzo blanco como todos los actores de su época, aceptó por imposición estomacal el denigrante puesto de "actuante" de cinematógrafo...

Poco después la enfermedad de un director lo llevó a utilizar el megáfono y a dirigir la primera producción. Se ve, pues, cómo una serie de circunstancias absolutamente ilógicas, puso en acción al que poco después dirigiendo "La ira de los Dioses", revelábase como el primer innovador que daría impulso al nuevo arte. Un arte donde todo era naciente, precipitado, sin estructura firmemente asentada. Donde las bufonadas eran amargas, las humoradas tristes; intentos de expresiones mímicas en que el cinematógrafo resultaba burlándose de sí mismo, de una manera grotesca y lúgubre.

Por aquellos tiempos la producción dramática europea era la que imponía normas. Pero ya el cinema yanqui comenzaba a batallar. Se había formado la compañía Triangle, que dirigían el propio Ince, Griffith y Mack Sennet y surgían los primeros artistas de verdadera popularidad: W. S. Hart, Dorothy Dalton, Bessie Barriscale, Franck Keenan, Charles Ray... En aquellas primeras películas había de todo: heroínas delicadas, galanes arrojados, traidores brutales; ferocidades exageradas y generosidades sensibleras. Pero Ince, razonador nórdico, gradual, seguro, tenía aptitudes de creador. Dió el ángulo a la posibilidad del cine, intuyó sus realidades, conoció sus vicios y cercenó en parte sus vulgaridades.

Aun en las ingenuas historietas que tanto se le reprocharon y que tan bien interpretaba Charles Ray, como en las escenas terribles de "Detrás de la puerta", como en "Civilización", puso siempre algo de su personalidad. Introdujo la realidad en el lienzo en la época en que aún se salía del teatro yanqui con el corazón estrujado y las glándulas mucosas en función. Para advertir el sello inconfundible de Ince, su manera única de detallismo de atmósfera, sus ángulos siempre tan graduados al ritmo de la cámara, o su reconstrucción de medio, basta recordar su "Ana Christi", realizada hace más de siete años con Blanche Sweet y William Russell que no desmerece en muchos aspectos a la versión moderna que ha interpretado Greta Garbo; debiendo advertir en una la realización muda, y en la última el agregado parlante y la ayuda grande de los adelantos técnicos, siempre tan vertiginosos en el cine.

Fué precursor, siendo además un innovador; fué el primero que se preocupó de que las leyendas fueran redactadas con alguna ortografía, el que

introdujo los letreros dibujados en los títulos; y sobre todo el que logró, junto con Griffith, dar categoría de reversibilidad a los rostros de los actores. Los "primeros términos" de Ince fueron los iniciadores del detallismo en el cine.

Como hombre de acción, también su recuerdo irá bastante lejos. Desplegó actividades extraordinarias como todo verdadero precursor. En unos diez años fundó, después de la Triangle, "Incerville" y Culver City y dió impulso de gran productora a la Famous-Players.

En el mundo del cinema, donde los nombres se elevan y desvalorizan con pasmosa celeridad, y donde tantos directores de prestigio que aún viven, como Neilan, Ingram, Dawn y otros están siendo olvidados, él, cuya presencia imaginada es sólo una sombra, continúa bien ensamblado a sus realizaciones. De más está decir que resulta algo complicado establecer jerarquías y que eso es casi imposible tratándose del cinema, donde la gloria sube o baja como el signo de una bolsa de valores; pero cuando se trate de aquilatar el esfuerzo real en favor del mejoramiento cinematográfico, el nombre de Ince se recordará el primero.

En la mediocridad ambiente que le rodeaba supo hacerse superior, y esto, en una época de tanteos y de primeras innovaciones, y sobre todo en un país como el suyo, le colocará quizás por encima de la crítica.

Un ejemplo de dirección: "Fatalidad"

HACE ya bastante tiempo que la técnica tan adelantada de von Sternberg, no sirve a una causa digna de ella. En "Fatalidad" han vuelto a darle una de esas obras simples que contribuyen, con aditamentos sonoros, al proceso de una buena digestión. Demasiado habrá advertido la falsedad de las situaciones, lo rebuscado de los diálogos, lo violentado y convencional de los caracteres, la mentira en fin con ramificaciones diversas, con ocultaciones sociales, elaborada para el éxito monetario. Von Sternberg habrá advertido todo eso, pero dispuesto a realizar, sin desvirtuarla mucho, la pavadita a filmarse, logró revocarla un tanto, darle una mano de barniz humano a la cara; y en el interior de la cámara que estará bajo su dirección, entorna un tanto el diafragma para que pueda asomarse la realidad o la sugerencia.

Transforma, modifica un poco, encubre un tanto esa historia de dos espías aparentemente inteligentes, de naciones contrarias, puestos a juego de simulación en la guerra y enamorados al fin. Cambia un poco, pero no modifica el pensamiento, porque allí no existe en realidad pensamiento alguno. Tiene la rara habilidad de presentarnos esa historia y de hacernos creer — con pequeña sorna de talento — que hay allí dos seres principales, un hombre y una mujer, y que entre ellos se ha hecho el amor y la infelicidad...

Agradecemos a von Sternberg esta mutación parcial de un argumento endeble, y advertimos que la labor de él en "Fatalidad" aparece como una especie de compromiso entre dos desigualdades evidentes como son un mal argumento y unos excelentes intérpretes — Marlene Dietrich, Víctor Mac Laglen;—desigualdad a la que trató de dar unidad consiguiéndolo parcialmente, el realizador de "Cazadores de almas".

"Simiente" es una interesante película desvirtuada

EXISTE quien lo sabe, pero es bueno repetirlo: el cinematógrafo tiene su mayor defecto en los argumentos. La mayoría de las películas explotan temas de una ingenuidad falseada, con aristas y dobleces de sensualidad; o temas truculentos o ferocidades teatrales, absorbidos por las exigencias de un público múltiple y diverso al cual hay que conformar en sus exigencias más bajas y sobre todo en sus estupideces más naturales.

No es el clima de la inteligencia, sino el de la vulgaridad, el que se respira en las salas de proyecciones. Eso lo saben los directores de cine y por eso nos endilgan con matemática frecuencia esas almibaradas gansaditas de color de

rosa. Allí es todo tan agradable, tan superficial; se descansa viendo estas cosas, se evita de reflexionar y por tanto de sorprenderse o angustiarse en algunas ocasiones.

La verdadera capacidad de un director está en esto: en saber que el público es generalmente tonto, en intuir sus rarezas, sus caprichitos, sus vulgaridades y su pequeño anhelo de cómodo romanticismo. Nada de un mundo sombrío o de una esperanza trabajosa. Argumentos sencillos, asequibles, movidos; situaciones dramáticas con personajes tremendos, o amores delicaditos con heroínas cloróticas; juego de cambios y sorpresas; teatro de "píccolos", aparición de desvestidas marionetas. Pero todo esto no pasa de la epidermis y no se saca de allí una idea. Por eso de tiempo en tiempo tratan de desvirtuar un tanto su finalidad comercial y lanzan sin mayores perspectivas una película honesta. En este caso la película "Simiente", donde se trata el problema de los hijos, su actitud frente al hogar y a las exigencias de la vida. Hermosa idea, comienzo de película de excepción, algunas escenas logradas, buena dirección, intérpretes capacitados. Pero la hermosa idea se difuma lentamente; el tema descarnado se convencionaliza; las situaciones familiares que sugieren entretelones obscuros, toman alguna violentada claridad; y el concepto de hogar que no quedaba bien parado, se rehace. La idea era un poco atrevida y de seguirla en su realidad, ¿dónde habría ido a parar? ¿Se hubiera atrevido a decir realmente que el lazo familiar es aún una brutal rémora de egoísmo? Pero no hay cuidado, no lo dirá; la sociedad se ofendería y el concepto tradicional de la mentira colectiva entablaría, seriamente resentido, un pleito legal escandaloso. La película "Simiente" se detiene, pues, allí y se malogra, absorbida como tantas otras por el convencionalismo. Y protestamos. No es que se le exija a la pantalla el motivo dramático repetido o lúgubre, sino la fantasía sin concesiones si se quiere, o la comedia amable sin vulgaridades; y, ya en este tren de ser sólo agradable, que nos presente un panomara risueño y tenga la capacidad y la altura — aunque privado de subterfugios subalternos — de darnos el arte maravilloso que borre toda fealdad.

Exhibiciones del "Cine Club de Buenos Aires"

LAS sesiones quincenales del Cine Club no necesitan de propaganda elaborada, previa o posterior. En la selección de todas las películas que se exhiben suele primar un criterio artístico; en ocasiones una curiosidad documental; cuando menos el interés de época de una exhumación. Y basta agregar a esto el antecedente de que la mayoría de las obras proyectadas han sido poco exhibidas, cuando no totalmente desconocidas, para comprender que la finalidad real es hacer simple, y difícilmente, cinema.

El Cine Club, que cuenta ya con una labor de varios años y una línea de conducta no común, resulta ser la única institución que le da al cinematógrafo categoría de arte sin filtraciones comerciales.

Sus últimas exhibiciones han comprendido las siguientes películas:

Núm. 46. — Dos comedias de Charles Bowers; y la novedad de una película documental "Los misterios del mar", escenas submarinas realizadas bajo la dirección del doctor Schutz.

Núm. 47. — Cinco minutos de film prehistórico: "La hija del verdugo"; una comedia fantástica de Lupino Lane y "Teresita Raquin", de la novela de Zola, dirigida por Jacques Feyder.

La última sesión, que fué una segunda fiesta del dibujo animado, se realizó en el cine Empire y consistió en una proyección de dibujos, mudos y con aditamento sonoro, con personajes de historietas fantásticas: "El conejo Blas", "El gato loco" y "Mimbo", creaciones de W. Lanz, W. Disney, Max Fleischer y otros dibujantes. Esta presentación del dibujo animado cinematográfico se hizo en forma antológica.

ALFO.

ESPIGANDO



YA sabemos cuál es el mejor libro del mes: una crítica de Facundo Quiroga.

¡Y viva la patria, canejo!

Pero, como en otras muchas cosas, lo que nadie dice es que lo del "mejor libro del mes" es un camelo. Y que el concurso es una rivalidad comercial entre libreros-editores.

El más poderoso, comandita o algo parecido del grupo literario discernidor de "premios", ganó esta vuelta.

Y fué bochado Benito Lynch, con mejor obra, porque era el ahijado del otro padrino.

Esperaremos, pues, otros fallos, para ver si sigue la farra... y la propaganda.

* * *



LOS autores teatrales se van a unificar. Los empresarios y autores-empresarios se van a unificar. Y hasta los amigos del teatro, también, se van a unificar...

La cosa ahora será entre potencias.

Y como todos son amigos, ya vemos a los nuevos, la esperanza del teatro, en figurillas para convencer a estos mastodontes que no todo debe ser negocio, ni éste la razón suprema y poderosa de las mejores combinaciones.

Pero, ya lo dijo un empresario, el más "prestigioso" del género chico nacional, aludiendo a su magnánimo criterio y a sus aptitudes de director artístico:

"Mi teatro está herméticamente cerrado y herméticamente abierto para todos los noveles..."

Y claro, como está "herméticamente abierto", nadie pasa del atrio.

* * *

LA flamante Academia de la Lengua no ha dado señales evidentes de vida, pues siguen apareciendo tangos populares y otras yerbas...

Deben estar esperando los académicos alguna otra renuncia.

Que tanto puede la costumbre.

* * *



UN súbdito del Ejército de Salvación, posiblemente tocador de concertina y evangélico sermoneador, se ve en líos judiciales por malos tratos y otros vejámenes a unas niñas asiladas.

Las "damas de beneficencia" que sostienen el asilo se muestran sorprendidas. Y ensayan un gesto de horror, bien concebible.

No vamos a intentar ahora un panegírico de la infancia desvalida ni de sus derechos. Sería música celestial para ciertos sordos caritativos.

Pero, ¿cuándo se reaccionará contra estas "damas de beneficencia", estos "salvacionistas" y todos estos redentores de "crónica social", de "bridge" y de "five o'clock tea"?

Porque sería interesante que, como hacen ellos, se les diera con las alcancías, las ollas y demás quincallería que esgrimen, para tener luego la caridad de curarles los chichones y las equimosis, con maternal solicitud...

Bibliografía y Crítica

"En torno a Maupassant"

Por Artemio Moreno. Editor: P. I. C. Joaquín V. González

ARTEMIO Moreno nos describe a Guy de Maupassant. La pluma del crítico se asocia a la realidad de un talento tantas veces analizado, y construye a través de la vida angustiada del autor de "Bel-Ami" una serie de capítulos de juicio crítico madurado. El autor escribe con imparcialidad, analiza, reúne datos, expone documentación y no mariposeo verbal. Nos habla del Maupassant hombre y describe un ser actuante sin ataxias de personalidad artificial. Sabemos otra vez que entre los escritores destacados del grupo de Medán, quizás fué Maupassant el más aparentemente superficial. No obstante pertenecer a la escuela naturalista — especie de vacuna vital aplicada a la anemia del romanticismo, — permaneció algo alejado de esa especie de clisé con que el "director" Zola enfocaba el proceso de las deformidades y las virtudes humanas y daba amplitud grandilocuente — con su rudeza verbal — a las pasiones extraviadas y a los vicios ocultos, introduciéndose en la mentira social y exponiendo así lo deforme sin callar lo monstruoso.

Maupassant en cambio no fué un batallador de la deficiencia social. Analizó las realidades y los sentimientos llevado de la pluma por su extraordinaria sensibilidad. Esta actitud de contemplador algo estático, que no era en él una postura ni una claudicación, sino el gesto de un espectador de rebeldía natural que no se familiariza en partidismos, le valió el repudio de buena parte de sus colegas. Pero algo debía tener ese escritor que no agravaba los problemas, ni agudizaba los sufrimientos; que era sonriente pero hería en parte, que jugaba con los personajes pero los hacía sufrir, que divertía pero dejaba amargor, que bosquejaba en fin caricaturas pero se advertían realidades... Y en ocasiones, además, detrás de un ingenio o delicadeza de tacto sin los cuales no se admite el clásico retrato de la gente de tono, dejaba advertir la mentira de la chusma de pechera blanca.

Pero para el público de hoy, generalmente frívolo o disipado, extraviado entre el mal gusto personal y los esfuerzos confusos de una reconstrucción moral en que apoyarse, la prosa de Maupassant no lograría quizás el simple entretenimiento de la curiosidad, ni la voluptuosidad siempre deseada de los sentidos.

Artemio Moreno nos presenta después al Maupassant escritor célebre, describe la técnica y el paisaje en sus obras, analiza su escepticismo en el amor, su pesimismo, el desarrollo progresivo de la parálisis que debía precipitarlo en la locura, etc. Es aquí sobre todo donde el crítico, sin llegar a la originalidad, escapa al peligro de la repetición demasiado monocorde sobre síntomas patológicos y logra la semblanza ya perturbada de ese extraordinario narrador, de quien años antes dijera en

cierta ocasión Gustavo Flaubert estas palabras augurales: "Señores, os presento a Guy de Maupassant, el más grande cuentista de Francia."

Las páginas de este libro llevan, como decimos, el sello de la seriedad crítica de Artemio Moreno.

"Larvas"

Por Elías Castelnuovo. Editorial "Claridad"

LA literatura del autor de "Larvas" no suele ser un simple o un complicado juego de imaginación, sino más bien copia de ciertas costumbres y signo de un particular estado de espíritu. Sus personajes, de bastante proyección objetiva, son seres vivos, para mejor decir actuantes, dotados casi siempre de malas pasiones, imbuídos de absurdas grandezas y realmente pequeños y doloridos en su oculta llaga de fracasos o de rapacidades. Pero reales o marginados, los personajes de Castelnuovo tienen siempre su fisonomía impresa. "Larvas" da la impresión de la cosa vista y experimentada. El pájaro que es el niño, arriesga en el reformatorio sus alas delicadas y logra allí su conformación posterior: se hace enfermizamente curioso, rabioso inquisidor, algo místico o masturbador; permeabiliza casi siempre su sensibilidad. La mayor parte de los niños deponen en el reformatorio, con sombría regularidad, su posible esperanza. En "Larvas", los protagonistas niños sufren, se empuercan y todo esto como si jugaran, rozando apenas la superficie de las cosas. Castelnuovo nos dice esto y no hace nada por encubrirlo. Nos enseña sus deformidades, tantea sus gestos, describe el amago de la mentira y las contorsiones del sufrimiento.

Aunque en diversos pasajes traduzca la dualidad entre lo sombrío y lo grotesco y logre pasajes de humorismo, la impresión íntima no se agrega a esa modalidad impuesta. Y es que en el fondo subsiste la crudeza del relato y la sonrisa esbozada no alcanza a trastrocar la impresión del sufrimiento.

Quizás en esto último tenga Castelnuovo — a quien consideramos un escritor interesante — su mayor defecto: busca con demasiada persistencia el ángulo enfermizo; desnuda con excesiva prolijidad algunas llagas; enfoca con haz demasiado luminoso el rostro agónico, cadavérico. Y esta propensión casi morbosa a la exhibición sin ocultaciones del dolor, le da a sus libros cierta uniformidad espiritual. Quizás se atenga a esto, y es posible, para no escamotearnos "su" realidad.

Pero aún confrontados a esta posible justificación de Castelnuovo, creemos que en el telón de fondo de su literatura, tienen que hacer su aparición todavía los muñecos de la vida normal y el anhelo sano, sin angustias demasiado sombrías y sentimientos forzados.

"Abandonados"

Por Stoyan Daneff. Editorial Reja

Hay libros de tendencia descarnada cuya finalidad verdadera es hacer de la realidad una cosa monótona y del paisaje gris con luminosidades, una reversión dolorosa. Exponen como particularidad inseparable, no ingenio, o rasgos brillantes, o particularidades profundas o frívolas, sino una modalidad característica en la que se nota a simple vista el agregado principal y primario del corazón. Son libros de marcada tendencia sentimental. Se advierte en ellos un esfuerzo trabajoso como si quisieran lograr la

conexión entre la realidad y la posibilidad, intuyendo en este desequilibrio el grado mayor o menor de injusticias. Cuando la mano que escribe esos libros tiene pulso, la idea logra expresión y el concepto de lo real toma caracteres nítidos. Pero para esto hay que rehuir diferencias de importancia y contrabalancear el lastre de las vulgaridades, tan fáciles de arrear. El autor de "Abandonados" se asocia francamente a una finalidad social. Luchador en esta nueva experiencia del sentimiento, aporta al campo de la inquietud el detalle de sus tribulaciones. Para ésto escribe sus experiencias sufridas, y lo hace con una sinceridad sin dualidades y poseído de profunda fe. Su pluma intenta bosquejar un panorama particular de la vida, pero en este intento se deja llevar con frecuencia de una angustia o un sentimentalismo constante, que es muy sincero, pero no de primera calidad.

Stoyan Daneff da la impresión, que una lectura corrobora, de pertenecer a esa clase de escritores en que el sentimiento sobrepasa a la posibilidad. Su manera de novelar o de exponer, es deficiente todavía. Y el conjunto de las páginas de su libro no alcanza a justificar la realización deseada, pero no lograda. Esta sola frase dará idea de la modalidad de Daneff: "Ella no podía comprender esto, porque estaban lejos de la realidad. Eran flores del desierto que acostumbradas a vivir lejos de las maldades humanas, de los engaños, de las mentiras, no podían comprender cómo pueden existir semejantes cosas. Las almas eran puras como el mar que las rodeaba y grandiosas como el desierto, que las cercaba".

El autor de "Abandonados" se adhiere, como se ve, francamente a una finalidad social, pero en este noble intento su pluma — en la que se debate un reproche a la sociedad — se muestra sincera, mas no muy firme, ni capacitada.

"Espigas"

Por Alejandro O. Manzanares. Editorial Tor

EN este primer libro de versos, A. O. Manzanares no ha podido — por falta de voluntad o por incapacidad de amplitud en el esfuerzo — soslayar las influencias poéticas extrañas, y de ambiente, que van moldeando a un poeta y le hacen su capacidad o su hechura. Así, ligado a corrientes poderosas que le cercan, su esfuerzo poético es pequeño, relativo, se neutraliza entre la aptitud personal y esas influencias fuertes y alejadas. Esto resulta con frecuencia, y hace que el estro poético, al vaivén, resulte en ocasiones de segunda o de tercera mano; tal lo que sucede al autor de este volumen.

Las poesías de A. O. Manzanares abordan en general temas afectivos y exponen sentimientos límpidos, con la fulgencia inconfundible de los veinte años. Son poesías amorosas, invocaciones a la amada, cantos de sesgo tierno a la madre, temas de estructura sentimental. Y es precisamente en estos temas donde el autor logra salvar su pensamiento. En las demás poesías se advierte una duda y una marcada incertidumbre. Es objetiva, parcial, indagatoria, y la voz suele oírse tarada por inconexiones y tantologías.

Se advierte en A. O. Manzanares la urgente necesidad de investigarse francamente, de dar rumbo a su orientación — abandonando de paso la mala prosa con que finaliza su libro — y enfocar así con mayor amplitud; saliendo sobre todo del reducido límite en que la amada llora demasiado, y es-

pera y se desconsuela en igual forma. Advertirá entonces a los demás y se adentrará de paso en la magnífica preocupación de superarse.

Se salvan del pequeño libro: "Ofrenda lírica", "Ilusión", "Invocación" y particularmente "Amaro Ethiel", esta última con un acento lírico de alguna dignidad.

"Las siete virtudes"

Editorial Espasa - Calpe. Madrid

KRA, el famoso editor parisiense, puso en venta no hace mucho un volumen sugestivo por el título, "Los siete pecados capitales", firmado por siete escritores de nombre, Girandoux, Morand, Mac Orlan, Salmón, Max Jacob, Lacretelle y Kessel, que compusieron los siete capítulos consagrados al orgullo, la avaricia, la lujuria, la envidia, la gula, la cólera y la pereza.

Ahora otro editor español ha querido dar la réplica publicando "Las siete virtudes".

Valentín Andrés ha tratado la templanza; César M. Arconada, la humildad; A. Botín Polanco, la castidad; José Díaz Fernández, la largueza; Ramón Gómez de la Serna, la caridad; Antonio Espina, la paciencia, y Benjamín Jarnés, la diligencia.

Los siete capítulos son dispares en forma, valor literario y contenido filosófico.

Valentín Andrés ha escrito un ensayo ágil y chispeante, de jocundidad fraterna a la de su farsa "Tararí".

Arconada ha hecho una novela breve, con sabor a relato eslavo.

Díaz Fernández, con estilo muy personal, ha desarrollado un cuento social-cristiano.

Botín Polanco, una fútil cosa vanguardista.

Ramón, una greguería intrascendente.

Antonio Espina ha logrado una meritoria narración, fichable de levemente volteriana, del Voltaire de 'Candide" y "Zadig".

Y finalmente, Jarnés se ha escapado por la portezuela de "La diligencia" y ha urdido como disculpa una bella novelita hacia dentro. También ha compuesto una "antesala" para el libro, que es de lo mejor que contiene.

Después de leer "Los siete pecados" y "Las siete virtudes", hace uno examen de conciencia y se encuentra como antes de empezar.

Habrá pasado el rato entretenido, es cierto, pero sabrá lo mismo que sabía de "pecados" y "virtudes". La profunda psicología que ambos temas comprenden se les ha escapado a los catorce literatos.

Menos mal que en ningún momento han asumido actitudes de dómines, pero del mismo modo podían haberse bautizado estos libros "Los siete cuentos" o "Los siete pasatiempos", y más de un lector sensacionalista o buceador de profundidades se habría ahorrado el trabajo — ya hemos dicho que agradable — de leerlos.

Pecado y virtud, dos temas eternos, o por lo menos tan duraderos como la especie. Ahí quedan, vírgenes aún, a pesar de cuanto de ellos se ha dicho y escrito, esperando a quienes deseen consagrarse a su estudio; no nos atrevemos a decir su "culto" porque ello supondría una idea excesivamente optimista para los tiempos que corremos.

I. A.

PUBLICACIONES DIVERSAS RECIBIDAS

La Vida Literaria, Núm.3, Año 4, Capital. — **Cursos y Conferencias**, Núms. 1 y 2, Año 1, Capital. Editada por el Colegio Libre de Estudios Superiores. — **Fonos**, Núms. 16 al 18, Capital. — **Ressorgiment**, Núms. 182-183, Capital. — **Megáfono**, Núm. 8, Capital. — **La Nota Espiritista**, Núms. 60 y 61, Lanús. — **Vivir**, Núms. 6 al 7, Capital. — **La Idea**, Núm. 96, Capital. — **Nuestra Revista**, Núm. 7, San Genaro. — **Higiene y Salud**, Núms. 211 al 212, Montevideo. — **Pro - Vida**, Núms. 162 al 165, Habana. — **La Revista de Oriente**, Núms. 23 y 25, Santiago de Cuba. — **Horizontes**, Núm. 12, Quito. — **Riebes**, Núms. 15-16, Quito. Organo del Centro Universitario "Dinamia". — **La Crónica Médica**, Núms. 813 al 816, Lima. — **El Día Estético**, Núms. 8-9, Santo Domingo. — **Crisol**, Núms. 31 al 32, Méjico. — **Eurindia**, Núm. 14, Méjico. **Orto**, Núms. 7 al 8, Año XX Manzanillo (Cuba). — **Repertorio Americano**, Tomo XXIII, Núms. 7 al 8, San José de Costa Rica. Dirige: J. García Monge. — **Boocks Abroad**, Vol. V, Núm. 3, Edita la Universidad de Oklahoma. — **La Revista Blanca**, Núms. 196 al 199, Barcelona. — **El Luchador**, Núms. 28 al 35, Barcelona. — **La Novela Ideal**, Núms. 258 al 264, Barcelona. — **Iniciales**, Núms. 5-8, Barcelona. — **Tierra y Libertad**, Núm. 28, Barcelona. — **Estudios**, Núm. 97, Valencia. — **Portugale**, Núm. 21, Porto. — **La Liberta**, Núms. 28 al 37, París. — **La Revolutione Proletarienne**, Núm. 119, París. — **Plus Loin**, Núms. 75 al 77, París. — **La Vie Universelle**, Núm. 18 Lyon. — **Carnets Mensuels**, Núm. 7, París. — **L'en Dehors**, Núms. 210-11 al 212-13. Orleans. — **Lucifer**, Núm. 2, Bordeaux. — **L'Aube**, Núms. 441 al 42, Lyon-Terreaux. — **Italia**, Núms. 54 al 57, París. — **La Brochure Mensuelle**, Núms. 103-104, París. Contiene: "A. B. C. Syndicaliste", por Georges Yvetote. — **La Grande Reforme**, Núms. 4 al 5, París. — **Erkenntnis und Befreiung**, Núms. 27 al 35, Viena.

L E C T O R ! !

Adquiera sus libros por intermedio nuestro y, a la vez que nos ayuda, tendrá oportunidad de seleccionar su lectura, haciéndose de libros que han de acrecentar sus conocimientos, elevándolo moral e intelectualmente.

He aquí una lista de libros, cuya lectura le recomendamos sinceramente:

[illegible]and E.	Realismo e idealismo mezclados	$ 0.80
[illegible] Yunque	Cobres de dos centavos	„ 0.50
[illegible]t Rafael	Diálogos, conversaciones y otros escritos	„ 1.00
[illegible]s Julio	La libertad sexual de las mujeres	„ 1.00
[illegible]d Carlos	Camino de perfección	„ 1.50
Brumana Herminia	Mosáicos	„ 1.00
Castelnuovo Elías	Entre los muertos	„ 2.00
Devaldes M.	La maternidad consciente	„ 1.00
Delaisi Francisco	El petroleo	„ 1.00
Forteza Jorge R.	Rafael Barret, su obra, su prédica y su moral	„ 1.60
Faure Sebastian	Doce pruebas de la inexistencia de Dios	„ 1.00
Flores Magón R.	Epistolario	„ 0.10
Gille Paul	Esbozo de una filosofía de la dignidad humana	„ 0.90
Gerchunoff Alberto	Historias y proezas de amor	„ 1.50
Goldman Emma	Amor y matrimonio	„ 2.50
id.	Dos años en Rusia	„ 0.30
Ghiraldo Alberto	Humano ardor	„ 0.30
Guerero Praxides	Escritos	„ 2.00
Isid. Aguirrebeña	Teatro en presente	„ 0.60
Kropotkin Pedro	Etica	„ 1.00
Lacerda de Moura	¿La mujer es una degenerada? (encuad.)	„ 2.50
Lorenzo Anselmo	El proletariado militante	„ 2.50
Marestan Juan	El matrimonio, el amor libre y la maternidad	„ 1.50
Mac. Donald J. A.	La desocupación y la maquinaria	„ 1.00
Multatuli	Páginas selectas	„ 0.50
Mella Ricardo	Cuestión de enseñanza	„ 0.50
id.	Ideario (1er. tomo Obras completas)	„ 0.15
Malatesta Errico	En el café	„ 2.50
Netlau Max	Eliseo Reclus, 2 tomos	„ 0.30
Pedro Godoy	Vidrio de punta	„ 3.00
Puente Isaac Dr.	Embriología	„ 0.30
Rocker Rodolfo	Artistas y rebeldes	„ 1.75
Ryner Han	Pequeño Manual Individualista	„ 1.80
id.	Los artesanos del porvenir	„ 1.00
id.	El subjetivismo	„ 0.40
Sánchez Florencio	Teatro completo, 3 tomos, cada uno	„ 0.50
Tolstoi León	El alcohol y el tabaco	„ 1.00
Wilde Oscar	El crímen de Lord Arturo Saville	„ 0.50

Puede pedírsenos, así mismo, cualquier otra obra que no figure en la presente lista. „ 1.00

Los pedidos acompañados del importe a nombre del administrador S. Kaplan.

TALLERES GRÁFICOS SURAMERICANOS — LUIS CANTÓN — PIEDRAS 342|46